

La Ilustración



Artística

AÑO XVIII

BARCELONA 16 DE ENERO DE 1899

Núm. 890

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Frasas populares. ¡Es una Venus!*, por Lope Barrón. — *El sepulcro de Colón en Santo Domingo*, por Buenaventura Bassegoda. — *La danza de Anitra (Suite)*, por José Juan Cadenas. — *La pareja*, por Eduardo de Palacio. — *Pensamientos.* — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Inseparables*, novela. — *El príncipe Jorge de Grecia en Creta.* — *Una exposición en Boston.* — Libros recibidos.

Grabados.—*El suplicio de Tántalo*, cuadro de Peske Geza. — *General Ulises Heureaux*, presidente de la República Dominicana. — *General Wenceslao Figueroa*, vicepresidente de la República Dominicana y presidente de la Junta Nacional Lombina. — *El sepulcro de Colón en Santo Domingo. Conjunto del monumento. Vista lateral del mismo y varias estatuas, relieves y otros detalles artísticos de dicho monumento.* — El arquitecto *Fernando Romeu* y el escultor *Pedro Carbonell*, autores del monumento a Colón erigido en Santo Domingo. — *Riña de jóvenes sátiros*, cuadro de L.

Knaus. — *Ratones de sacristía.* — *Aquelarre*, cuadros de José Benlliure. — *Retrato*, pintado por M. Kener. — *El relato de la fuga.* — *La reconciliación*, cuadros de John A. Lomax. — *El príncipe Jorge de Grecia en Creta. La comitiva recorriendo las calles de Canea.* — *El príncipe y los cuatro almirantes en el Konak*, palacio del gobierno de Canea. — *Filtro portátil de presión.* — *Escena en una calle de Granada*, cuadro de Pedro Janssen. — *Croquis*, de Leopoldo conde de Kalkreuth. — *Sevilla. Una buñolera al aire libre*, dibujo original de Ricardo López Cabrera.



EL SUPPLICIO DE TÁNTALO, cuadro de Peske Geza,

reproducción de la «Photographischen Union», de Munich

ADVERTENCIA

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

DE OTON, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Se ha puesto á la venta la edición española de esta obra, acerca de cuya importancia sólo hemos de decir que toda ella ha sido escrita y varias veces revisada por el propio príncipe de Bismarck. Nuestra casa editorial ha adquirido el derecho exclusivo de la traducción española de este libro excepcionalmente interesante y esperado con verdadera impaciencia, que se ha publicado simultáneamente con la edición original alemana.

Llamamos la atención de nuestros suscriptores y del público en general sobre los dos puntos siguientes: 1.º, que estos «Pensamientos y recuerdos» son las verdaderas memorias de Bismarck, con las cuales no debe confundirse otro libro de título análogo, cuya edición francesa se ha puesto á la venta y que nada tiene que ver con el que anunciamos, escrito y revisado, según queda dicho, por el mismo príncipe; 2.º, que la edición publicada por nosotros es la más económica de cuantas se publican, puesto que la alemana costará 20 marcos, la francesa 20 francos y la italiana 20 liras, y la española sólo 15 pesetas los dos tomos esmeradamente encuadernados.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La perpetración del gran crimen. — Las derogaciones del principio de no intervención por los americanos. — Perfídias de conducta y contradicción de los grandes principios por la República sajona. — Declaraciones de guerra lanzadas por ésta durante cuatro años. — Procedimientos maquiavélicos. — El horóscopo de los vencedores. — Nuestra segura venganza. — Nada de garrulidad. — Conclusión.

Ya el grande crimen internacional se ha perpetrado. Ya los *yankis*, sin más razón que la fuerza ni más derecho que sus arrebatos de conquista, se han alzado con todo el patrimonio colonial de nuestra patria. Bajo ninguna consideración estos conquistadores se rindieron, y en caso alguno escucharon el grito de la conciencia. Para burlar todos los códigos morales; para prescindir del derecho internacional; para conspirar contra gobiernos amigos; para sostener la maldad y la protervia de unas revoluciones sin excusa; para quedarse con los archipiélagos de Oriente y con las Antillas de Occidente, no han tenido más título que aducir, ni más motivos de coonestar con su cultura y su civilización reconocidas tanta barbarie salvaje propia de los pieles rojas, que invocar una victoria, no conseguida por su propio valor, granjeada para ellos por el desorden de nuestra defensa y por el descuido de nuestro gobierno. Desde los comienzos de la insurrección cubana, los Estados sajones han puesto en olvido los preceptos de la moral universal. Proteger, con los mismos medios que la sociedad á cada gobierno entrega para sustentar el orden interior y exterior, proteger el desorden dirigido contra un territorio cercano, y echar en sus selvas el fósforo que había de abrasarlas, constituye un acto de perversidad tal, que nos parecería inverosímil si no fuese verdadero. Los Estados Unidos han abierto suscripciones en pro de la rebelión y de los rebeldes cubanos; han ofrecido toda clase de pertrechos á estos desatentadísimos facciosos; han armado expediciones marítimas sin cuento, en socorro de un atentado sin excusa; han ofrecido subvenciones cuantiosas á los que debían perseguir por obligación indudable; han atizado las malas pasiones de los tagalos, so pretexto de redimirlos, para luego ponerlos bajo su dominación avasalladora y en la mayor esclavitud; valiéndose de los motivos más fútiles hannos impelido á la guerra más desigual; y aniquilados nosotros, sus contrarios, han esgrimido sus venganzas y llevádaslas á extremos tales, que nuestro siglo, en su final, recrudescer y agrava el método de conquista, lejos de amonarlo, según nos prometíamos de su inspiración; recrudescimiento y agravación debidos al brazo de un pueblo, el cual en sus manos tenía las tablas de nuestros derechos y se presentaba en sus instituciones como un ideal de justicia y como un motor de progreso á toda la humanidad.

Pasando revista, siquiera breve, á los actos múltiples de la intervención americana en los asuntos españoles, imposible hallar uno solo sin la marca indeleble de asqueroso maquiavelismo. Aquellas constantes y sistemáticas protecciones oficiales á los conspiradores prestadas por todas las autoridades de una República que nos debía, no sólo su fundación y establecimiento, la tierra misma donde se fundara y estableciera, la tierra inmaculada y virgen, antes de que ellos la habitasen, revelada por nosotros, como en divina revelación, al mundo; aquellas protecciones constituyen una violación tal de lo debido por

unos pueblos á otros pueblos, que consentida en Europa, nos retrollevan sin remedio á la crueldad y á la violencia prehistóricas. Las indemnizaciones reclamadas sin derecho alguno; el amparo prestado á filibusteros acogidos bajo la bandera sajona trocada en piratesco trapo; el insolente lenguaje de las notas oficiales enviadas á nuestro gobierno y que constituían un perpetuo reto; las discusiones de ambas Cámaras llenas de calumnias admitidas por oradores tan crédulos como embusteros; la proposición de mediaciones suyas entre los rebeldes mambises y el gobierno español, tan opuestas y contrarias á la dignidad nacional; el mensaje último de la presidencia en ejercicio, declarándonos moralmente la guerra; los acuerdos de aquellas dos Cámaras agrediendo la independencia y la integridad españolas; el estulto sentido dado á cartas confidenciales privadísimas de nuestro embajador; la casual voladura del *Maine*, tomada como un crimen preconcebido y ejecutado por España; tanto y tanto error, tanta y tanta maldad, enseñan que América tenía preparada la guerra, tenía la preconcebida, nos la estuvo declarando en cuatro sucesivos años con verdadera perfidia, y no la intentó con verdadero descaro hasta que tuvo por cómplice indirecto á Inglaterra, y se convenció de que contra las dos potencias no quedaba ya fuerza ninguna de defensa, ni en España ni en el mundo.

Creíamos no poderse llevar más lejos la crueldad y la violencia de lo que la llevaron en sus maniobras para conseguir la guerra; mas se han excedido los *yankis* á sí mismos, en las maniobras urdidas para conseguir la paz. Ninguna reflexión moral ha valido en sus comisionados; fríos y mudos como estatuas funerarias de bronce ó mármol, implacables como la cuchilla y el tajo de un suplicio. Inútilmente se les han aducido todas las leyes opuestas á sus atentados; para sostenerlos, han dado por única razón el que tales atentados ya estaban cumplidos. Acaparamiento de Puerto Rico, ganado sin resistencia ninguna en breve paseo militar; protección directa sobre Cuba, que á la postre resultará tan larga como la protección de Inglaterra sobre Nubia y Egipto; robo de todas las Filipinas, cuando en el protocolo se prescribía únicamente la posesión rápida de Manila mientras la paz se ajustase y la cesión de la isla de los Ladrones; nada de respeto á lo mismo por ellos prometido; nada de indemnizaciones, presentadas en los primeros momentos de las conferencias como fáciles y copiosas; nada del reconocimiento de la deuda de Cuba, so pretexto de que la hacían independiente al par que la ocupaban en su manifiesto cinismo con sus tropas; perdurable invocación á la fuerza y perdurable menosprecio de la razón y de la justicia: he ahí el procedimiento de los *yankis* en sus conferencias de París. Para estos resultados, valía más no haberlas admitido. Si desde un principio nos penetramos bien de que no teníamos otro remedio sino aceptar el protocolo, y aceptarlo tal como ellos lo aplicaban y lo exigían, pudimos ahorrarnos estos largos meses de disputas inútiles, y el tristísimo espectáculo de pasear nuestras desdichas por Europa, suscitando sentimientos de compasión mezclados con acres censuras á nuestros procedimientos en la guerra y á nuestras docilidades en la paz. ¡Cuán triste destino tener que noticiar todo esto á mis lectores habituales, desesperado historiador, todo esto que no habían previsto ni los que mayor pesimismo guardaban en sus presentimientos y en sus prejuicios respecto del porvenir de nuestra patria! Permítaseme, pues, abreviar este relato interrumpido á cada minuto por las intensas palpitaciones de mi corazón destrozado, y léámosle al vencedor el horóscopo de su futura suerte; horóscopo, no escrito por los estrellas en el cielo, escrito por las ideas en el espíritu. Este horóscopo se reduce á una breve fórmula, que es á saber: bien pronto los tagalos y los visayos y los igorotes y los mambises con todos los filipinos y todos los antillanos vengaránnos de vuestra violencia y de vuestra injusticia.

Nuestra desgracia excede á todo cuanto podía creer el más negro y siniestro pesimismo. Despojados de nuestras colonias; rotos en mar y en tierra; con un tesoro exhausto y con una deuda enorme; sacrificados nuestros mejores hijos á las insaciables voracidades del trópico; menospreciado nuestro derecho por todas las naciones cultas cuando aparecía tan real como la mecánica celeste; deshechos á la repercusión del terrible golpe los organismos oficiales; maltrechas la Restauración y la Regencia; el mayor descrédito pesando sobre los que han regido este país durante los cuatro últimos lustros; la reacción no da, como antes, los tristes signos de su inquietud en pronunciamientos cruentísimos y en guerras civiles malditas; dalas en una especie de caos y desorden intelectual, consecuencia inevitable del sacudimiento nervioso que ha recibido, en la caída del cuerpo na-

cional, su delicado cerebro. Por todas partes surgen curanderos que se ofrecen á remediar nuestras enfermedades sin haber seguido un curso de medicina; por todas partes se levantan numerosos videntes con su fórmula ó con su materia farmacéutica en las manos, brindando pródiga con la copa de sus remedios inverosímiles á nuestros labios cárdenos, que maculan y empañan los hálitos de una creciente agonía. Nada revela el estado anárquico en que nos encontramos como la multitud enorme de medicinas sociales con que nos aturde una charlatanería inextinguible, cuya garrulidad no toma en cuenta los obstáculos opuestos á todas las innovaciones y no mide la distancia que hay entre los ideales del espíritu y la vida real de una sociedad vieja y complicadísima. Hechos los españoles á tantas y tantas victorias pasadas, no pueden por manera ninguna concebir su derrota presente. Y no concibiéndola de ninguna manera, y no explicándosela por modo ninguno, prescinden del estado de brutalidad á que han venido tanto Europa cuanto América, y se atribuyen á sí mismos las recientes desgracias, considerando ya la tierra nacional desmembrada y sus hijos expulsos del territorio patrio y sujetos á errar proscritos por el mundo como si fuéramos los poloneses y la Polonia del Mediodía. Tengamos esperanza y confianza, así en el Dios de nuestros padres, como en nuestras propias vitales fuerzas.

Madrid, 9 de enero de 1899.



FRASES POPULARES

¡ES UNA VENUS!

Venus ó la diosa del Amor nació de la espuma del mar fecundada por la sangre de Urano, y fué tan linda desde el primer instante, que Tritones, Nereidas y los demás moradores del húmedo elemento acudieron en tropel á rodear su concha, cuna y carro á un mismo tiempo. En Chipre su innata coquetería la enseñó el arte del afeite y compostura: después, en el Olimpo, Júpiter confió á las *Horas* la educación de la hija de Urano; debiendo advertir que á cargo de semejantes diosas del orden de la Naturaleza estaban la manera de agrandar, los estudios, los placeres, etc., etc. Con su admirable belleza y tales maestras llegó á ser Venus un dechado de perfecciones que la Corte suprema deseó conocer; y presentada efectivamente apenas núbil en la mansión celestial, no sólo obtuvo unánime aplauso de los augustos congregados, sino que la proclamaron *divinidad de la Hermosura*.

El jefe del Olimpo intentó unirse á la nueva deidad; mas no consintiósele el irrevocable enlace contraído con Juno, la hizo esposa de su hijo el cojo Vulcano.

En Grecia se erigieron estatuas á la discípula de las *Horas* con los nombres de *Urania*, *Phandemos* y *Apostrophia*, simbolizando, según indican los vocablos, el amor casto, el vulgar y el desordenado.

Sus primeros santuarios en Roma fueron consagrados á idéntico objeto que aquellas esculturas, y posteriormente la dedicaron los sucesores del rey Rómulo magníficos templos bajo las advocaciones de *Generadora*, *Victoriosa*, *Feliz* y *Mirthea*, por ser el mirto su planta favorita, destinando el mes de abril á la celebración de sus fiestas.

Su culto, casi universal, se distinguió del de los demás dioses por el fausto desplegado en las no muy respetuosas ceremonias ideadas en su honor; pero en pueblo ninguno se rindió tan soberbio homenaje á la divinidad de la *Hermosura*, con el nombre de *Asarte*, como en la Asiria.

Se representa á Venus de mil maneras, aunque es la más propia de pie sobre un carro tirado por cisnes ó palomas, sus aves preferidas, con ligera túnica y ceñidor verde (color que significaba y aún denota la esperanza de la seducción), seguida de su hijo y las tres Gracias Eufrosina, Aglae y Thalia.

Las más completas y primorosas estatuas que se conservan de la antigüedad son la Venus de Médicis en Florencia y la de Milo del Museo del Louvre, hallada el año 1820 en esta isla de Grecia.

Los poetas, pintores y escultores de todos los tiempos han considerado á la infiel esposa de Vulcano como el tipo ideal de la belleza, y por eso se dice «Es una Venus» á la mujer perfecta.

LOPE BARRÓN

EL SEPULCRO DE COLÓN EN SANTO DOMINGO,

OBRA DE D. FERNANDO ROMEU (ARQUITECTO) Y DE D. PEDRO CARBONELL (ESCUPTOR)

En el espacio que antiguamente fué trascoro de la catedral dominicana, se eleva desde hace poco tiempo el suntuoso mausoleo que á la par que guarda las cenizas del descubridor de la Isla Española, pregona gallardamente el genio artístico y la cultura de nuestro querido suelo catalán. Sí; Cataluña ha

distinguido arquitecto, profesor auxiliar en la Escuela de Barcelona, y al escultor Sr. Carbonell, laureado ya anteriormente por diversas estatuas y en aquella fecha auxiliar también de la Escuela de Bellas Artes, ambos jóvenes aún y pertenecientes á esa pléyade de artistas que sienten hondo y que buscan su inspiración en el estudio de los monumentos de épocas pasadas. Unidos ambos por vínculos de amistad y de comunicación de ideas y de afecciones, lanzáronse á la honrosa lid que en América se anunciaba, buscando en los azares de la lucha y en los rigores del trabajo bálsamo para las heridas que ambos escondían en mitad del corazón. Cruzó el mar su boceto, destruyéndose casi á los vaivenes del buque, y arribó á Santo Domingo hecho un montón indescifrable de pedazos de yeso. Mas algo en ese montón vería la Junta Nacional Colombina cuando lo hizo montar y restaurar desconociendo por completo á sus autores, pero adivinando en él rasgos geniales, detalles de primer orden que fueron las primeras chispas anunciadoras del fuego del entusiasmo que más adelante estalló en el seno del Jurado. Baste decir que el secretario de éste, que hizo voto particular contrario al boceto Romeu-Carbonell, dirigió á éstos una calurosa carta de felicitación explicando su actitud y reconociendo las brillantes cualidades de su proyecto.

Realmente, estas y muchas más demostraciones de aplauso merece el monumento recién inaugurado. Su planta es sencillísima, y está lógicamente deducida del tema, que es la cripta, y del sistema constructivo empleado, es decir, de la estructura. Esa cripta está limitada por cuatro contrafuertes y cuatro arbotantes que se combinan con cuatro pináculos, uno en cada uno de sus ángulos, que superiormente

van á reunirse formando un edículo ó doselete que es á su vez basamento de una composición alegórica del progreso de América. Este doselete cobija la estatua representativa de la antigua *Quisqueya*, guardando los restos de Colón; estatua colocada en el lugar más noble del monumento, ya que es la idea predominante del mismo ó la indicación alegórica exterior de su destino. Descansa esta estatua en la clave de la bóveda que cubre la cripta, con lo cual se logra que toda la parte baja forme de pedestal.

Bájase á la cripta por dos anchas escaleras, que tienen su entrada en las naves laterales de la catedral, y en el plano inferior, una galería, decorada por medio de heraldos ó reyes de armas simbolizando las diversas razas que pueblan América y en actitud de guardar la cámara sepulcral, rodea á ésta, de manera que resulta visible hasta en el menor de sus riquísimos detalles.

Las cuatro aberturas de esta cámara sepulcral tienen dos puertas y dos verjas de bronce. La puerta correspondiente á la fachada principal del monumen-



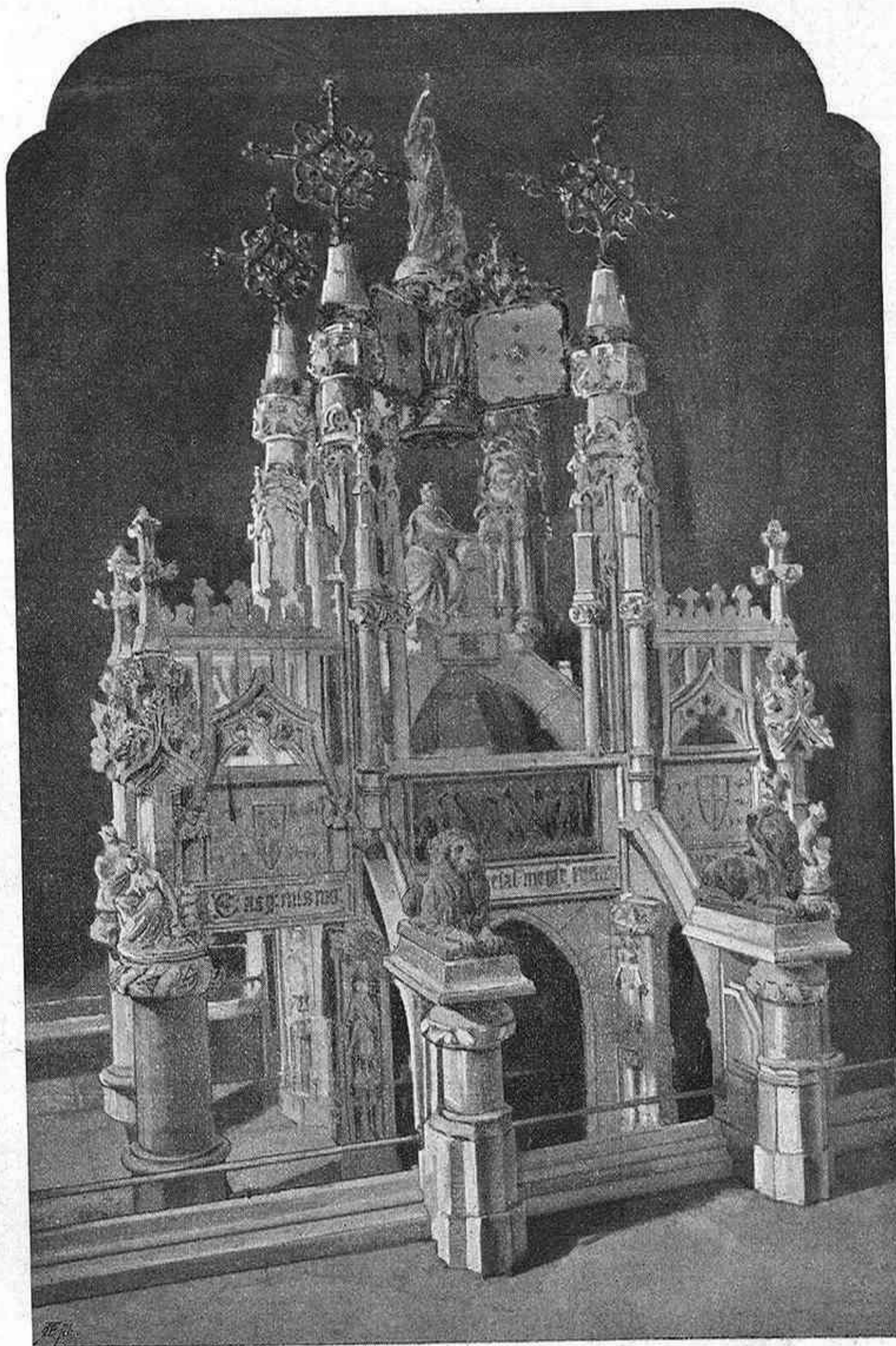
GENERAL ULISES HEUREAUX, presidente de la República Dominicana (de fotografía)

dejado en el suelo americano un mojón valiosísimo indicador de cómo aquí se siente y se practica el arte monumental, y esto precisamente cuando en medio de los horrores causados por la guerra se ha supuesto á nuestro país poco menos que pronto á ser borrado del mapa de la Europa culta.

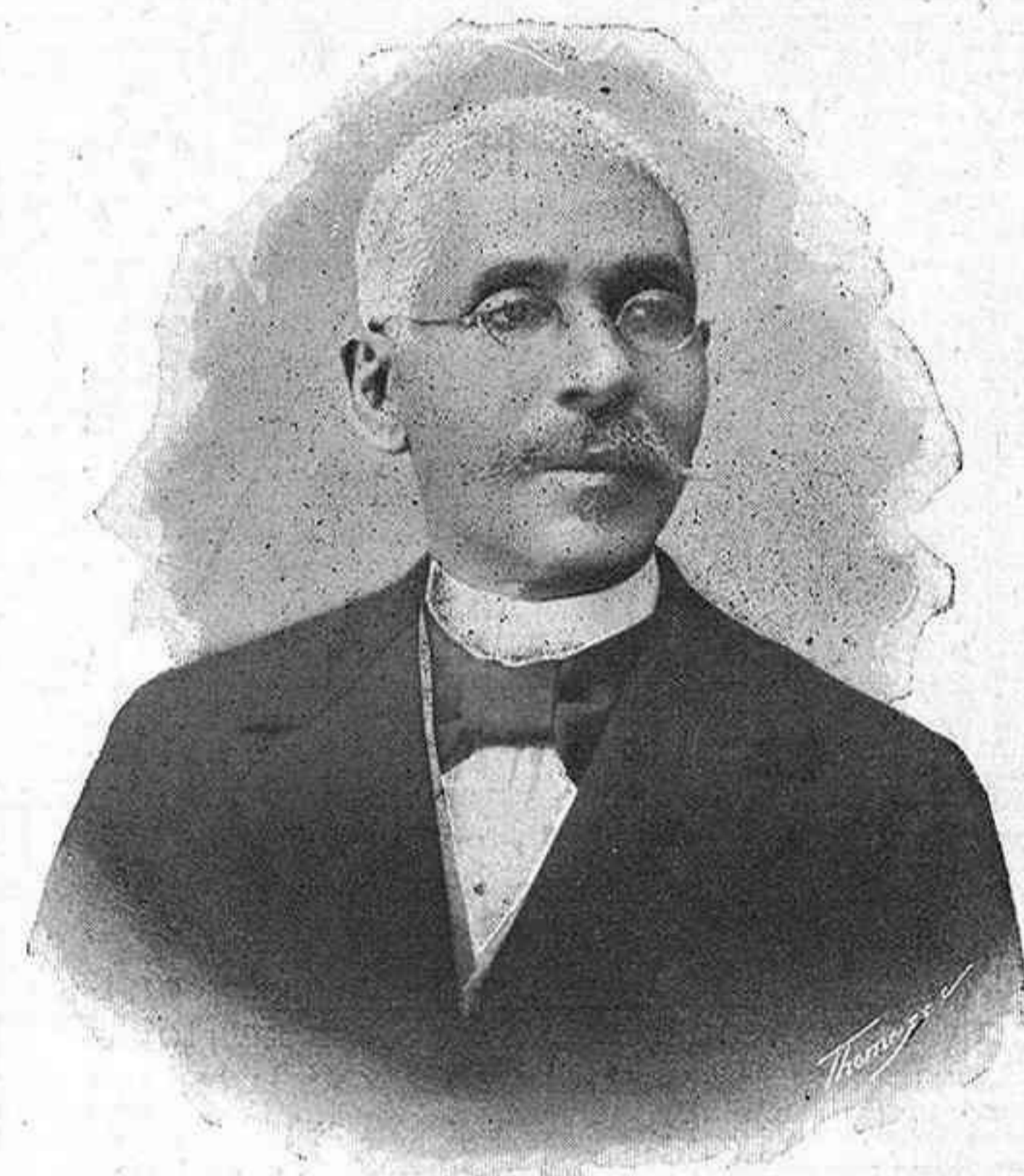
Mas la Providencia en sus inescrutables designios ha hecho que, deslumbrados por los refulgentes rayos que la espada de fuego del coloso americano lanzaba sobre nosotros, tuviéramos todavía luz propia para proyectarla nítida y serena hacia el continente americano, patentizando así el progreso de las Artes en Cataluña.

Y esto lo ha conseguido el monumento cuya descripción vamos á hacer en el presente artículo, y que tan alto ha colocado el nombre del arquitecto don Fernando Romeu y del escultor D. Pedro Carbonell.

Para la realización del grandioso monumento que se acaba de inaugurar en la capital de la República Dominicana, se nombró la Junta Nacional Colombina, la cual destinó, ó mejor presupuso, la cantidad de doscientos mil francos como coste máximo de la obra, y sin pérdida de tiempo, en cumplimiento de su honroso cometido, anunció un concurso, al que invitó á los artistas de todas las naciones. En ese certamen figuraron siete proyectos de autores italianos, tres de autores franceses y tres de otros tantos compatriotas nuestros. Reunióse la comisión ó Junta Colombina, estudió los proyectos, escuchó (así lo suponemos) las recomendaciones que son de rigor en tales casos y pronunció su fallo en la sesión del 22 de septiembre de 1896, concediendo por gran mayoría el primer premio de cinco mil francos y la ejecución de la obra á los artistas citados Sres. Romeu,



CONJUNTO DEL MONUMENTO



GENERAL WENCESLAO FIGUEROA, vicepresidente de la República Dominicana y presidente de la Junta Nacional Colombina

to lleva representado en alto relieve el acto del *Hallazgo de los restos de Colón en la catedral de Santo Domingo*, y la otra puerta y las dos verjas van decoradas con diversos elementos heráldicos sacados del escudo de Cristóbal Colón.

De los pilares de ángulo arrancan los cuatro arcos de las aberturas, en cuyo dovelaje se leen los nombres de las comarcas americanas, así como encima de ellos y á manera de friso corre el testamento de Diego Colón, expresando la voluntad del gran descubridor de ser enterrado en la catedral dominicana. Combinanse con esta inscripción, construída en mosaico veneciano, cuatro altos relieves. La clave de la bóveda gótica, que cubre la cripta y sirve de pedestal á la estatua de *Quisqueya*, tiene en alto relieve las estatuas de Europa y América íntimamente hermanadas.

Los contrafuertes en su parte más exterior descansan en columnas de mármol cilíndricas con capiteles de laurel y palmas y lacerías en que se leen los nombres de Colón é Isabel. Soportan estas columnas sendos pináculos en cuya base se representa por medio de estatuas alegóricas el cuarto centenario del descubrimiento de América, combinadas con inscripciones y con los escudos de Colón, Santo Domingo, España é Italia.

En el arranque de los arbotantes y sostenidos por columnas de mármol con capiteles heráldicos, van colocados unos leones de bronce de tamaño natural, mientras que en la altura de las alegorías antes citadas y ocupando los netos del pedestal de la estatua, vense cuatro altos relieves en bronce que representan *El consejo de Salamanca*, *El descubrimiento de la Isla Española por Colón*, *La sublevación del cacique Enriquillo* y *La llegada de Colón á Granada y su presentación á los Reyes Católicos*.

Los pináculos centrales rematan en cruces de metal con inscripciones en bronce y arrancan de un

conjunto decorativo en que figuran las tres carabelas que mandó Colón en su primer viaje.

En el doselete que cobija la estatua (la cual es vez y media el tamaño natural), se representa por medio de cuatro grupos escultóricos el progresivo desarrollo de la civilización americana, cuyos grupos, reunidos en un cuerpo cilíndrico, rematan por su parte superior en una esfera representativa del nuevo mundo, sobre la cual descansa un grupo en bronce, *La Libertad*, que ostenta en su mano diestra una cruz, símbolo de la Fe, y en la izquierda sostiene el libro del Derecho. Este libro, apoyado sobre el lomo de un león tendido a los pies de la estatua, simboliza, á la vez que el dominio del Derecho sobre la Fuerza, el apoyo que de ésta recibe el primero.

Los restos de Cristóbal Colón, dentro de la propia urna en que fue-



EL ARQUITECTO FERNANDO ROMEU

ron hallados, ocupan en el monumento la parte central de la cámara sepulcral, guardándose en rico sarcófago de bronce decorado con representaciones é inscripciones adecuadas. Dicho sarcófago se apoya sobre un precioso pedestal construido en mármoles y bronce.

Tal es á vueta pluma la descripción de obra tan complicada.

El estilo general es el gótico del siglo xv, habiéndose el arquitecto Romeu inspirado en las construcciones de Toledo y Salamanca de la época del descubrimiento. El desarrollo, así en las líneas como en la decoración, es magistral, proclamando el buen gusto y sólida erudición del autor. En cuanto á las esculturas, todas ellas ostentan el sello de nobleza y majestad peculiares á la factura de Carbonell y están ejecutadas magistralmente, en especial la sedente *Quisqueya*.

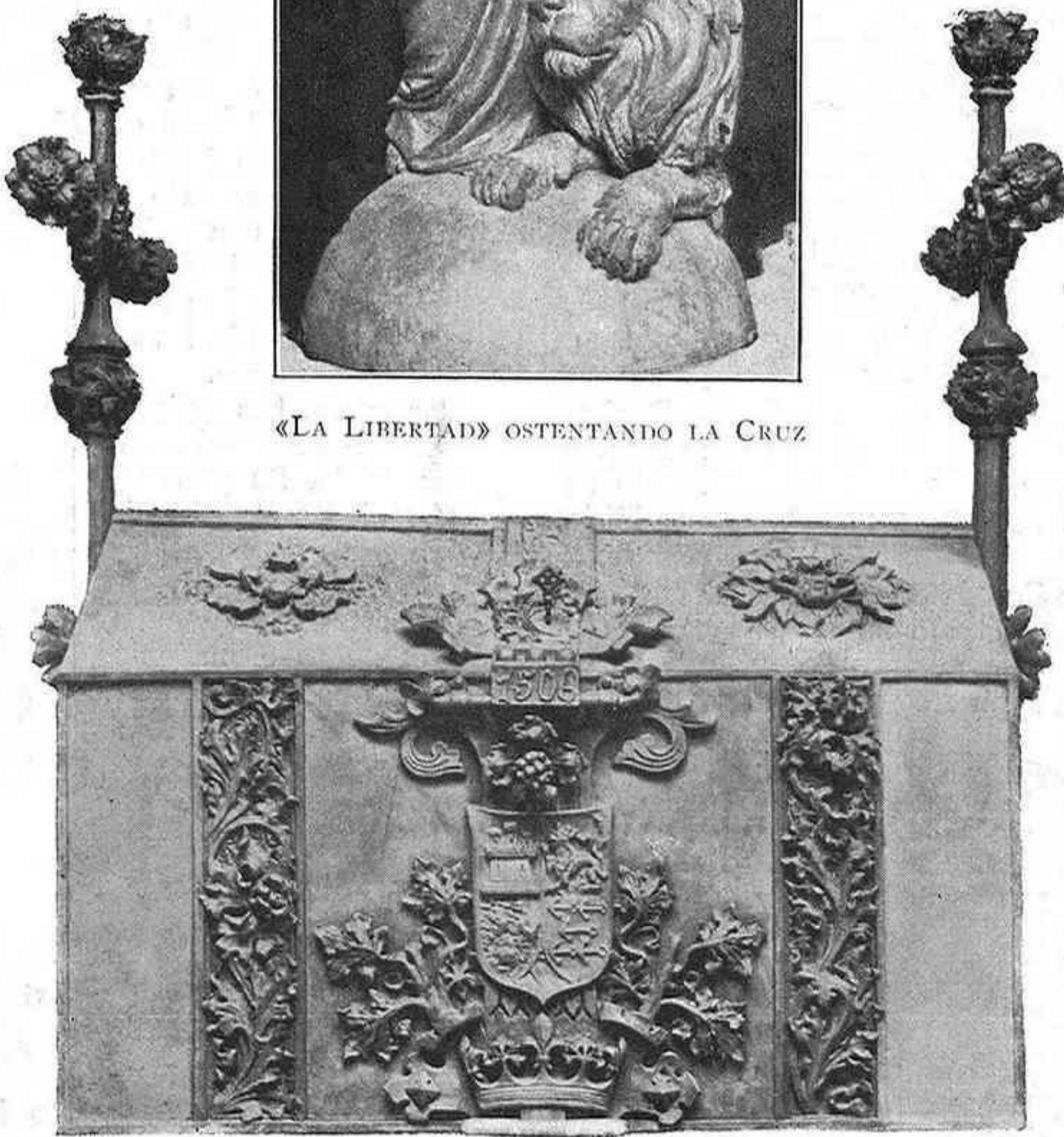
A ambos artistas enviamos un cariñoso voto de felicitación por su excelente trabajo y por lo que el mismo contribuirá á difundir el buen nombre de las artes de Cataluña en las tierras lejanas que el sol del trópico fecunda y baña el mar que un día surcaran las carabelas del ilustre genovés.

BUENAVENTURA BASSEGODA

La inauguración del monumento que en el anterior artículo tan bien describe el distinguido arquitecto barcelonés Sr. Bassegoda, verificóse con gran solemnidad el día 5 de diciembre último, aniversario del descubrimiento de la isla de Santo Domingo, fecha que por el Congreso Nacional ha sido declarada *día excep-*



«LA LIBERTAD» OSTENTANDO LA CRUZ



SARCÓFAGO EN BRONCE, VISTO DE FRENTE

cional de recordación histórica y de regocijo público.

A las nueve de la mañana reuniéronse en el Palacio del Gobierno el presidente de la República, general Ulises Heureaux, los secretarios de Estado, el Cuerpo diplomático y consular, gran número de empleados civiles y militares, comisiones de diferentes sociedades, el Ayuntamiento, los oficiales de la Armada y otras personalidades, dirigiéndose desde allí la comitiva á la catedral, cuyas naves llenaba un inmenso gentío y siendo recibida por la Junta Nacional Colombina. El presidente de ésta, general Wenceslao Figueroa, hizo entrega del monumento al presidente de la República, cruzándose con este motivo sentidos discursos.

Terminado el acto de la entrega, entonóse un *Te Deum* en acción de gracias, después del cual el ilustre arzobispo metropolitano Monseñor de Meriño pronunció un discurso elo-



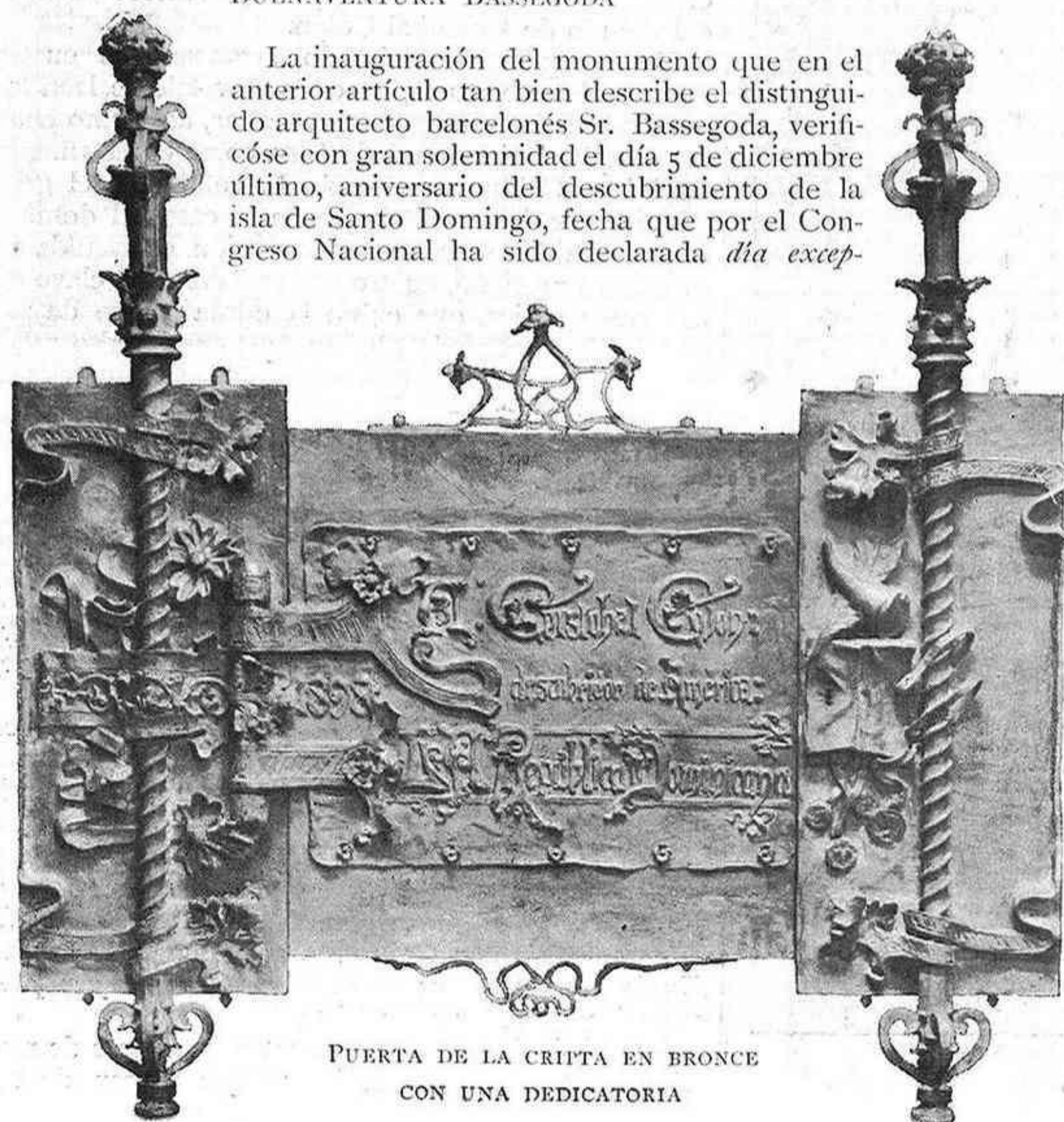
EL ESCULTOR PEDRO CARBONELL

cuéntisimo prodigando las más entusiastas alabanzas á la obra de Colón y tributando merecidos aplausos á cuantos han contribuido á la erección del monumento, «espléndido mausoleo erigido por la nación en testimonio de público reconocimiento, magnífica obra artística que á la delicada, correcta y armoniosa ejecución de su forma reúne, para mayor realce, la conveniente expresión histórica que á su objeto correspondía y que será de hoy en adelante la más bella, mejor inspirada y más elocuente página de aquella sublime epopeya del descubrimiento, en la cual leerán especialmente las generaciones venideras los clarísimos méritos del egregio varón á quien se consagra.»

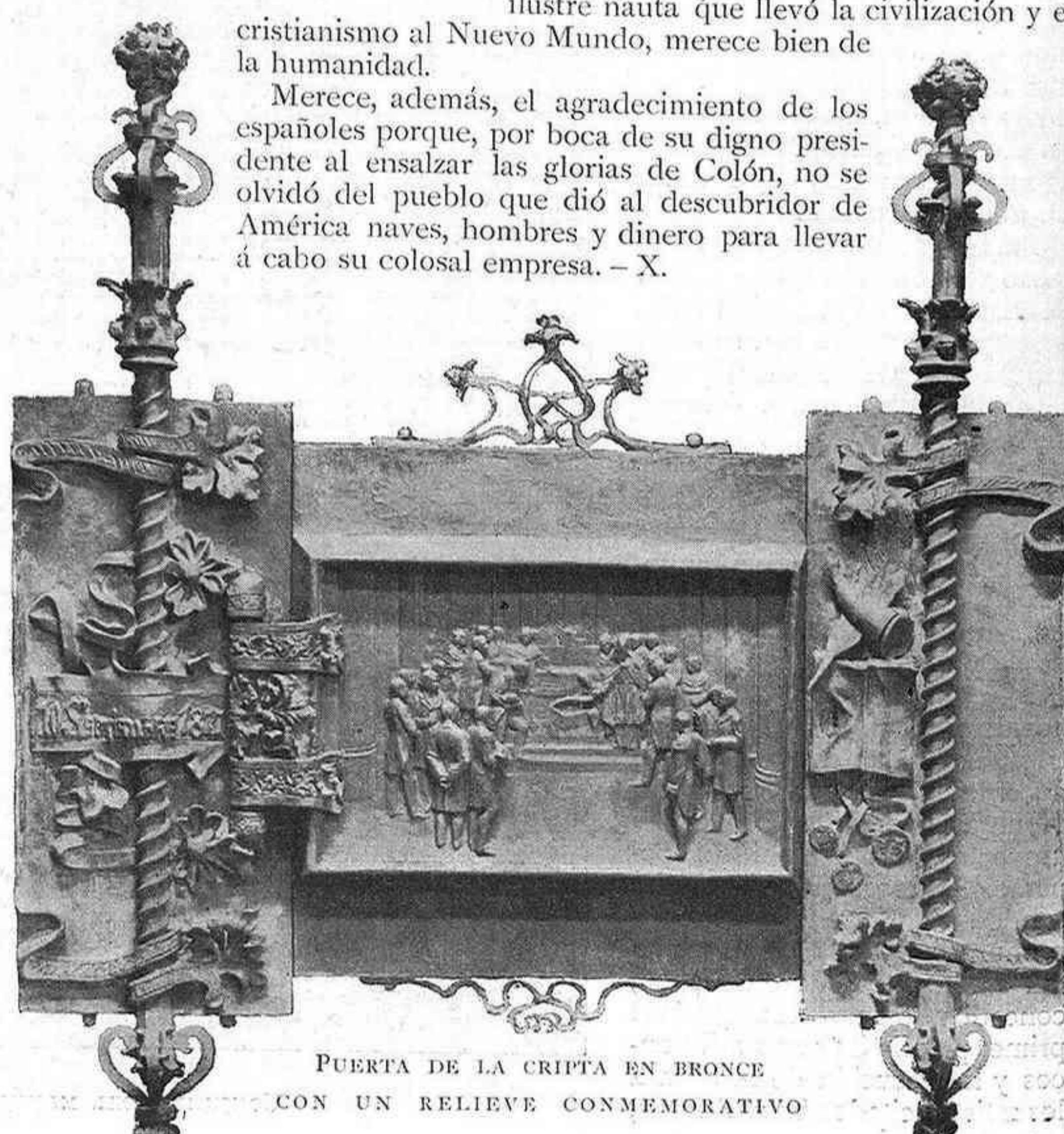
La solemne ceremonia terminó con la traslación de los restos á la urna que fué llevada en lujosas andas por oficiales de marina, sosteniendo las cintas nacionales que de ella pendían el ministro de Relaciones Extranjeras, el ministro de Haití y los cónsules de Italia y de los Estados Unidos.

La República Dominicana, al honrar al ilustre nauta que llevó la civilización y el cristianismo al Nuevo Mundo, merece bien de la humanidad.

Merece, además, el agradecimiento de los españoles porque, por boca de su digno presidente al ensalzar las glorias de Colón, no se olvidó del pueblo que dió al descubridor de América naves, hombres y dinero para llevar á cabo su colosal empresa. - X.



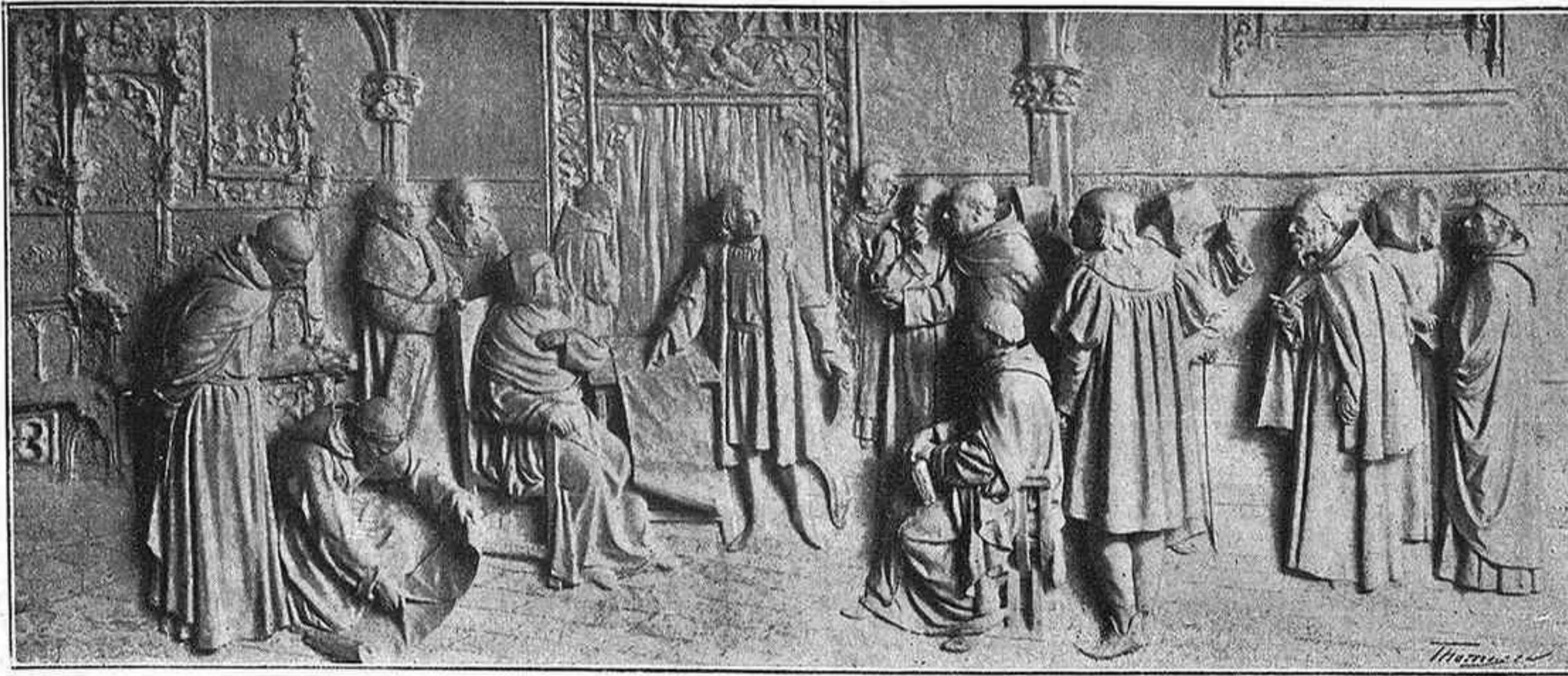
PUERTA DE LA CRIPTA EN BRONCE CON UNA DEDICATORIA



PUERTA DE LA CRIPTA EN BRONCE CON UN RELIEVE CONMEMORATIVO

LA DANZA DE ANITRA
(SUITE)

En aquella casa donde la dueña, respetable señora que brilló en los salones de la Corte como estrella de primera magnitud, había encerrado verdaderos tesoros de arte, han transcurrido para la alegre juventud las horas más agradables y dichosas.
De sobra sabíamos que allí jamás habríamos de aburrirnos. Las delicadas atenciones de que éramos objeto, la comodidad que se nos ofrecía, el trato agradable de las infinitas personas que á

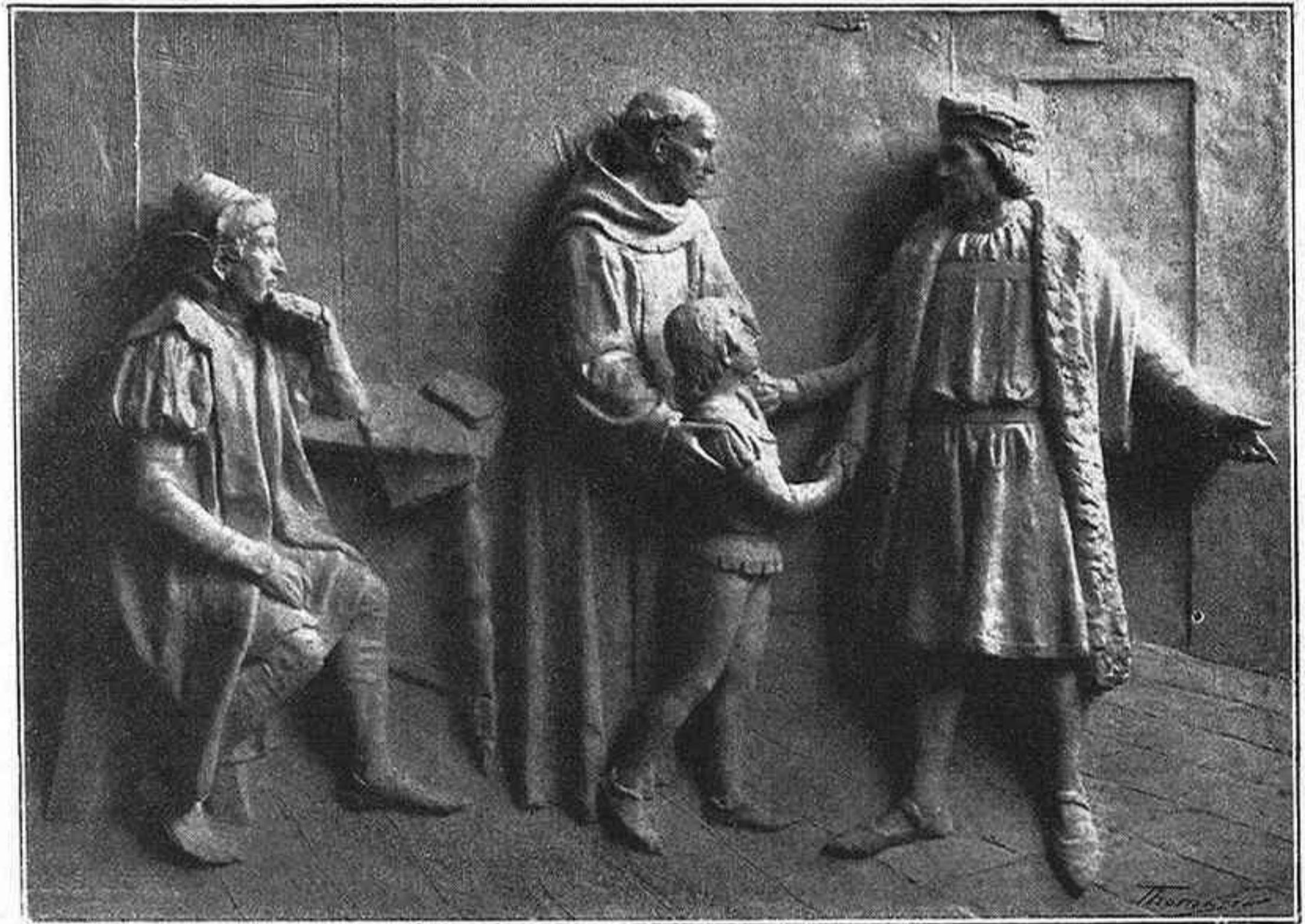


CRISTÓBAL COLÓN EN EL CONSEJO DE SALAMANCA

des ojos azules y abundante y dorada cabellera. Al preguntar su nombre dijeronme: Fifi. Y no supe más. Me asombraba mucho verla siempre sentada. Jamás la había visto levantarse de aquella butaquita en la que permanecía horas enteras, y aunque esto despertaba en mí una curiosidad grande, nunca podía satisfacerla; pues al llegar yo, ya estaba Fifi en la reunión, y además, como mis ocupaciones me obligaban á retirarme antes que la mayor parte de los invitados, nunca conseguí ver á Fifi moverse



PABLO FOSCANELLI



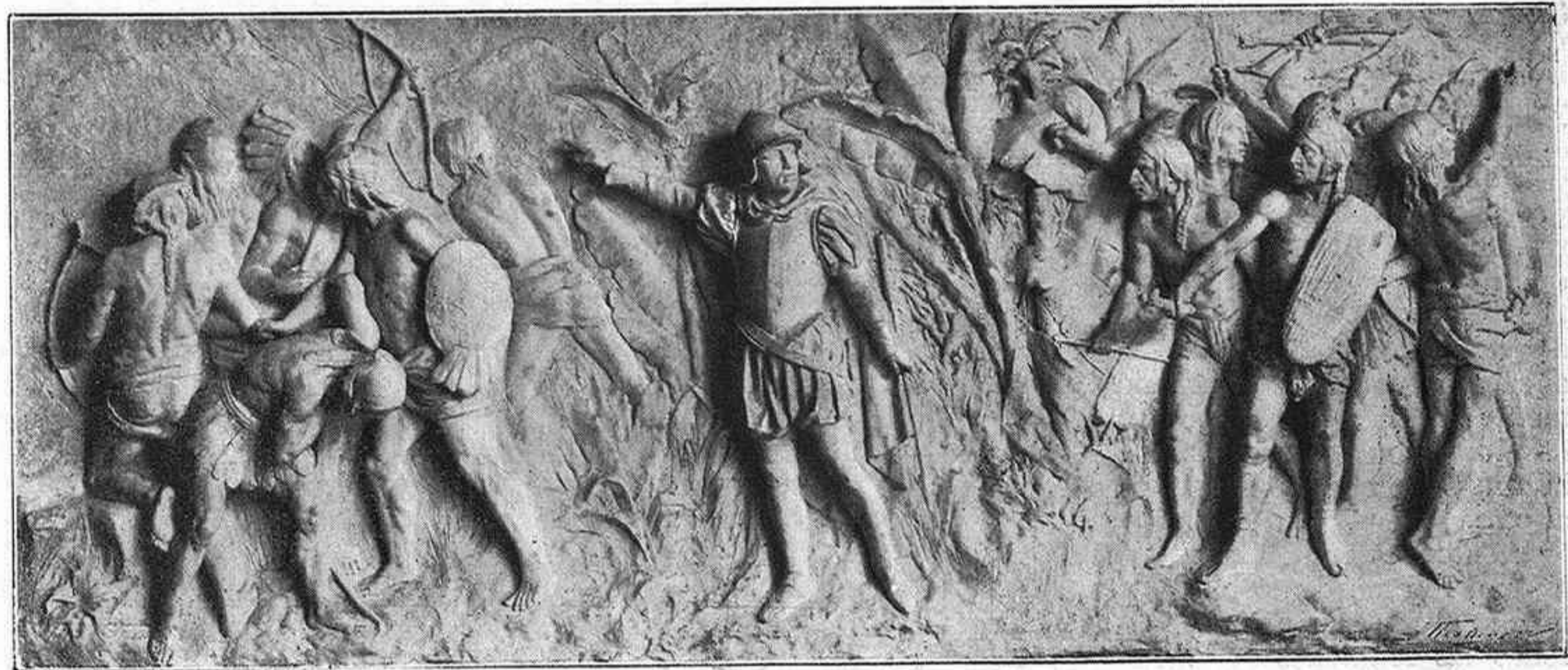
EPISODIO DE LA RÁBIDA

aquellos salones acudían, sabían seducirnos de tal manera que ni por casualidad una sola vez faltábamos á las agradables reuniones á que dos veces por semana se nos invitaba.

La señora, dama de fino ingenio, supo congregiar en su casa lo más escogido, de tal modo que sin ser la reunión política, ni científica, ni literaria, concurrían á ella literatos, sabios y políticos; alegrándolo todo, como brisa vivificante y dulce, la juventud femenina más esplendorosa y radiante.

Mucha tristeza produce en mi alma hoy el recuerdo de tan agradables horas. Aquel gabinetito perfumado y tibio, donde nos recogíamos siempre los aficionados á la música; el *boudoir* de la señora de la casa, amueblado con grandes sillones en los que la ancianidad descabezaba el sueño, esperando el final de la velada; el gran salón abierto á los invitados los grandes días de cotillón y fiesta; las salas de tresillo; el espléndido comedor; las soberbias galerías; el más apartado rincón de aquella casa, tienen para mí gatitos é inolvidables recuerdos.

Entre la concurrencia habitual advertí la presencia de una adorable criatura, rubia, ideal, con gran-



SUBLEVACIÓN DEL CACIQUE ENRIQUILLO



DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA ESPAÑOLA

de su asiento. Por otra parte, no me atrevía á preguntar la causa á ninguno de los concurrentes, y excitada mi curiosidad cada vez más poderosamente, resolví un día salir de dudas esperando á que se levantara para marcharse ó acudiendo de los primeros para presenciar su entrada.

¿Se hallaría enferma? Pero no, en su rostro, espléndidamente hermoso, reflejábanse todo el saludable vigor de una poderosa juventud; y era tan adorable, tan encantadora, que en más de una ocasión dejé volar libremente mi fantasía, mientras desde lejos amorosamente la contemplaba.

Pero jamás la vi correr, ni bailar, ni hacer ninguna de las locuras á que todas las noches se entregaban las jóvenes de su edad, que recorrían las habitaciones saltando, sudorosas, jadeantes, sin hacer caso de los llamamientos que alguna vez las hacían las señoras desde el *coro*, como bautizamos á la habitación donde la ancianidad tenía su asiento, por la beatitud y placidez con que aquellas señoras veían transcurrir las veladas mientras se arrellanaban cómodamente en los espaciosos butacones de rica sedería.

Obsesionado con la idea de ver á Fifi entrar, y aunque exponiéndome á llegar inoportunamente, me presenté en la casa apenas fué la hora indicada en la invitación.

vo, y ya lo único que hacía las noches de velada era procurar estarse quietecita y no moverse desde que entraba hasta que salía, á fin de que nadie se burlara de su manera de andar.

ce sentir la música... Mire usted. Hace pocas noches tuvimos en casa un poquito de reunión. Se cantó, se «hizo» música, se habló de muchas cosas y además se bailó algo. Por casualidad, revolviendo los papeles que había en el musiquero, tropecé con la *suite* de Grieg, *Peer Gint*, y me puse á ejecutar el trozo de la *danza*. Si seré tonta, que al concluir se me saltaban las lágrimas, y no era de tristeza... Puede usted creerme, no. Era de no sé qué... Sentía unas cosas extrañas. Inquietudes, melancolías, rarezas..., yo no sé explicármelo. ¿Qué sería? ¿Romanticismo? Diga usted, ¿seré yo algo romántica? ¡Qué risa! ¿Eh? ¡Romántica y con una patita coja!.. ¡Ríase usted!.. ¿Por qué no se ríe usted?

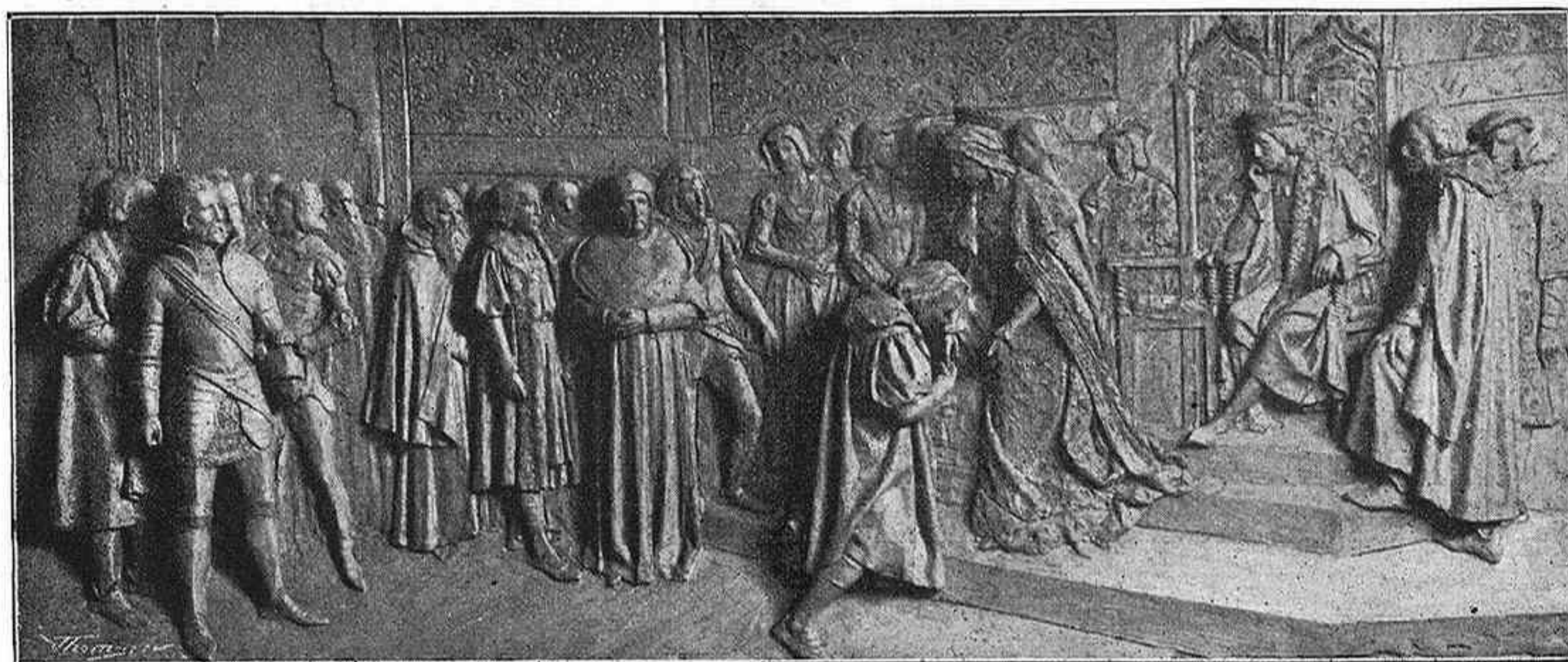
Yo la miraba fijamente, y aun hubiera jurado que entonces también en sus ojos se agolpaban las lágrimas; pero en aquel momento Carlos puso término á nuestra conversación acercándose al lugar donde nos encontrábamos. Saludé y me separé de Fifi triste y pensativo.

Pero aquella noche estaba escrito que había de pasarla nervioso y descompuesto.

Yo no sé si la conversación que con Fifi sostuve pudo ser la causa de todo, pero es lo cierto que supo impresionarme de tal suerte que en vano procuraba distraerme buscando motivos de preocupación en lo que pasaba á mi alrededor.

Dos ó tres veces durante aquella noche sorprendí á Carlos hablando á Fifi con vehemencia. Ella le escuchaba con la vista baja, encendido el rostro y abriendo y cerrando el abanico precipitadamente. Alguna vez pasaron á mi lado silenciosos, él mirándola con dulzura, ella pensativa, triste, como si hondas preocupaciones asaltaran su ánimo. Yo contemplaba á Carlos á veces con indiferencia, á veces iracundo; no sabía qué ocurría en mi interior. Carlos nunca me había hecho nada malo, y sin embargo, aquella noche quedé decidido que yo nunca sería su amigo. Me parecía que se estaba burlando de Fifi, y hasta creía sorprender á veces en sus labios diabólicas sonrisas de hombre perverso.

En tanto la fiesta hallábase en todo su esplendor. Las invitaciones habían sido más numerosas, y en aquellos esplendorosos salones admirábanse las más celebradas hermosuras. Los brillantes uniformes, las relucientes condecoraciones, destacábanse al lado de las blancas pecheras y los irreprochables fracs; y aquel conjunto de gasas, tules, sedas, encajes y pedrería, la atmósfera impregnada de tibios y penetrantes perfumes, el ensordecedor runrún de las conversaciones, las risas,



LLEGADA DE COLÓN Á GRANADA DESPUÉS DE SU TERCER VIAJE

Celebrábase aquella noche no sé qué gran fiesta, y los balcones arrojaban torrentes de luz sobre la calle. Habíanse abierto las puertas del gran salón, y un sexteto admirablemente escogido preludiva tímidamente antes de comenzar á ejecutar los bailables que habían de componer el cotillón.

Apenas entré extendí la vista por los salones. Nada... Fifi no había llegado aún. Esperaba impaciente, nervioso, y ya desconfiaba de que fuera cuando, al atravesar una de las salas, la vi aparecer radiante de belleza, caprichosamente vestida de azul celeste, vaporosa y alegre como un sueño. ¡Ay, pero con qué tristeza la contemplé!..

Avanzaba muy despacio, apoyándose en los muebles que hallaba al paso para no caer, y creyendo que pudiera haberse puesto enferma, me precipité á su encuentro preguntándole solícito:

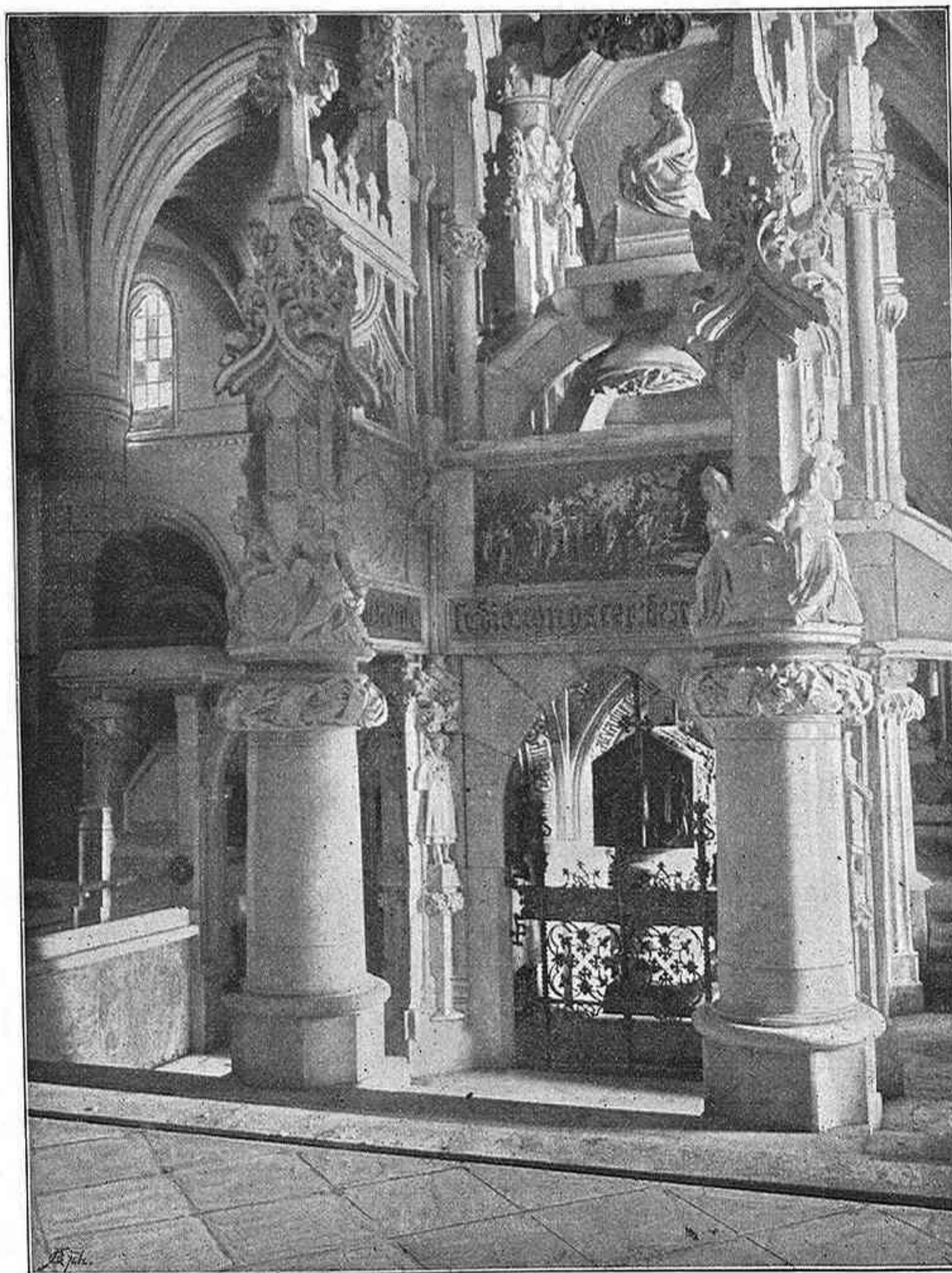
— ¿Se ha lastimado usted?.. ¡Me parece que viene cojeando!

Fifi se ruborizó, y me miró tristemente como creyendo que me burlaba de ella; luego, al ver que yo esperaba respuesta á mi pregunta y que, para ayudarla, le ofrecía mi brazo, rectificó sin duda aquella primera idea y apoyándose en mí dijo sonriendo:

— ¿No lo sabía usted? Si es que... ¡soy cojita!

¡Pobre Fifi! Quería permanecer alegre, y al decirme esto sonreía, pero tenía aquella sonrisa un no sé qué amargo y triste, tan triste que casi me arrancaba lágrimas. ¡Y qué contrastes! Ambos nos esforzábamos en aparecer alegres como no queriendo dar importancia al suceso aquel, y pretendíamos reír ruidosamente por cualquier motivo, cuando en realidad ninguno de los dos podíamos olvidar la causa que nos había llevado el uno junto al otro.

Y entonces fué cuando, burlándose de sí misma, Fifi me contó que al principio sufría mucho al ver á sus amigos danzar y correr en todas las reuniones á que asistía; pero que, poco á poco, se acostumbró á su papel pasi-



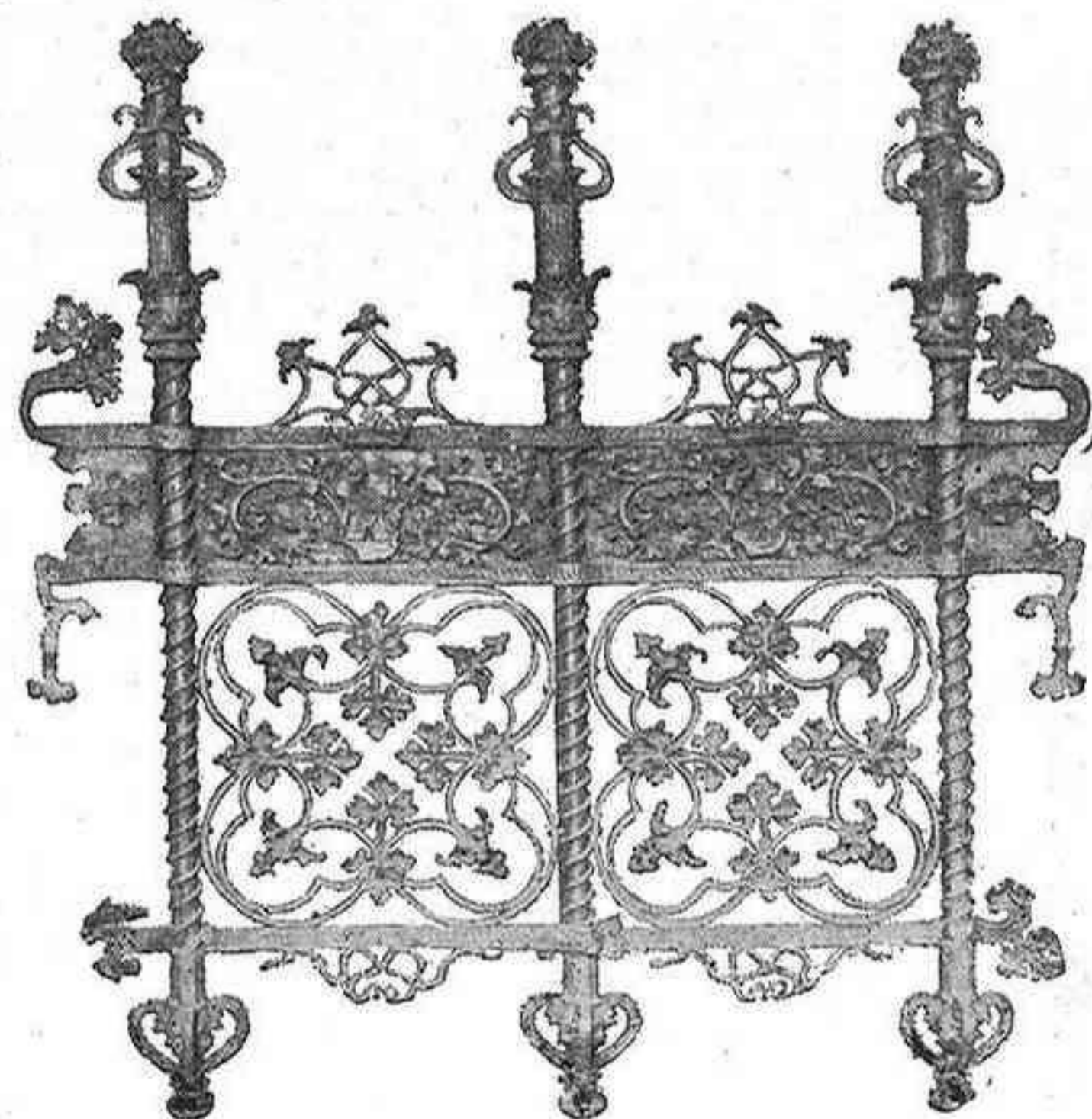
VISTA LATERAL DEL MONUMENTO

Aquella noche, vivamente impresionado, me ofrecí á Fifi para servirla de caballero durante el cotillón; pero la adorable niña, haciendo un delicioso mohín de desesperación, me dijo:

— ¡Ay, qué desgracia!.. ¿Ve usted? Ha quedado Carlos, un muchacho algo pariente nuestro, en venir exclusivamente para acompañarme. De todas maneras, se lo agradezco á usted mucho, pero así estará usted más libre. Le aseguro á usted que es muy desagradable tener que ir ajustando el paso á este modo de andar mío, tan «elegante...»

Nuestra conversación se prolongó bastante. Carlos tardaba en llegar, y en tanto, yo que involuntariamente, á mi pesar, me sentía atraído por aquella criatura tan resignada, tan dulce, tan cariñosa, al hablar de cosas indiferentes procuraba que ella me confiase algunas intimidades que yo escuchaba suavemente acariciado por su vocecita de timbre simpático y armonioso.

— ¡Si usted supiera cuánto me gusta el baile!, me decía. ¡Ah, yo hubiera bailado muy bien! ¡No, no se ría usted! No sabe usted qué pena me da ver las parejas girar con rapidez vertiginosa de un lado á otro. ¡Yo también bailaré así! Y luego, con lo que me ha-



UNA DE LAS DOS VERJAS DE LA CRIPTA



ESTATUA QUE REPRESENTA «LA ISLA ESPAÑOLA GUARDANDO LOS RESTOS DE COLÓN»

todo en fin, unido á los rumorosos acordes de la orquesta, producía, en efecto, un extraño encanto mezcla de alegría y de tristeza.

En aquel instante, el sexteto, que entre bailable y bailable ejecutaba alguna obra de concierto para entretener á la concurrencia, comenzó á preludiar los bailables de *Peer Gint*.

Las delicadas armonías de la danza de Anitra trajeron á mi mente el recuerdo de Fifi, su confidencia, la predilección que por esta obra sentía, aquellas inexplicables sensaciones que al escucharla experimentara y quise ver de nuevo á la cojita. Quería contemplarla, sorprender si era posible todo el sucesivo encanto que en ella producía aquella arrebatadora composición musical, y busqué á Fifi por todas partes. Recorría una y otra habitación, prosiguiendo siempre mi investigación, cuando de pronto pude contemplarla á pocos pasos de mí, reclinada en un sillón, mirando á Carlos, que aprisionaba fuertemente las manos de Fifi entre las suyas.

Salí desesperado, loco... Muchas veces me pregunté si amaba yo á Fifi, pero jamás supe darme una respuesta categórica. Únicamente me prometí no volver á colocarme en sitio alguno donde pudiera encontrar á aquella encantadora criatura. Cuando se acude á tiempo todos los males tienen remedio.

* *

Lo que no podemos evitar es que á veces, con la mejor intención, nos dé alguien una noticia que nos mortifique, y esto es lo que me ocurrió, andando el tiempo. No sé cómo supe que Fifi había quedado huérfana; que Carlos, su pariente, la engañó villana y cobardemente, y hasta hubo quien corrió la voz de que Fifi abandonaba el mundo y pensaba ingresar en un convento.

Y dejé de ver á Fifi... Otro género de vida, ocupaciones que no podemos abandonar los que nos tenemos que ganar la existencia á fuerza de lucha y trabajo, lleváronme y trajéronme de un lado á otro, manteniéndome largo tiempo alejado de la corte.

Volví cuando apenas quedaban en mi mente ligeras remembranzas de otros tiempos. Conservaba aún bajo la máscara de escepticismo que nos dan las correrías hechas por el mundo, el temperamento soñador que jamás nos abandona, y así en la edad ya madura quería reverdecer los gustos y aficiones de la adolescencia. En cada detalle pretendía ver una historia; en cada recuerdo evocaba una leyenda; una mujer que conocí apenas niña y ahora encontraba señora respetable, sugeríame un poema, tristes resabios que suelen producirnos á veces terribles decepciones y crueles desencantos.

Y volvieron para mí las aficiones de otros tiempos. Una tarde en que el cartel ofrecía á los buenos aficionados un delicado concierto, dirigí mis pasos al teatro donde desde hace mucho se viene rindiendo culto fervoroso á las grandes obras de los maestros inmortales.

Lo más escogido de la corte habíase congregado en el teatro. Cuando la numerosa orquesta comenzaba á ejecutar alguna de aquellas grandes concepciones artísticas, no por muy escuchadas menos aplaudidas, silencio profundo reinaba en todo el salón, silencio que jamás se interrumpía, á no ser que el entusiasmo, encendiendo los ánimos y corriendo de espectador en espectador como reguero de prendida pólvora, prorumpiese en estentóreos bravos y atonadores aplausos.

Mirando, sin ver, como ocurre siempre que se aglomera mucha gente en un mismo sitio, había paseado la vista por toda la sala, cuando de pronto, en un palco que durante toda la primera parte del concierto había permanecido vacío, vi aparecer una señora vestida de negro que se quedó en último término sin avanzar, y después de dirigir al teatro una rápida ojeada con los gemelos, se sentó.

Yo quería reconocer aquella cara... Daba vueltas en mi imaginación á esta idea, evocando trabajosamente recuerdos tan lejanos que casi se habían borrado en mi memoria, cuando un luminoso pensamiento me obligó casi á lanzar una exclamación, y volviendo de nuevo la vista al palco aquel me dije: «¡Sí, es Fifi!..»

Efectivamente, era ella. Pero ¿qué iba á hacer allí? Precisamente al entrar en el teatro reconocí á Carlos que subía la escalera de los palcos dando el brazo á su esposa, una muchachita tísica, con la que se había casado hacía dos meses, y temblaba yo al pensar que Fifi pudiera cruzar su mirada con la de aquel hombre infame.

Terminó el descanso. Mis pensamientos, tristes y alegres según los momentos, me obligaban á fijar con insistencia mis ojos en el palco de Fifi, mientras la orquesta comenzaba á preludiar una cosa tan inarmónica, que á mí me pareció del peor gusto. Bien es verdad que apenas prestaba atención, pues me encontraba suavemente impresionado: Fifi había reno-

vado en mi alma los días pasados, los antiguos recuerdos, pan de azúcares con que alimentamos nuestra edad madura. Pero en tanto hacía llegar hasta mi oído un vago, monótono runrún. Precisamente la composición que ejecutaban estaba escrita sin duda para los instrumentos de cuerda, y éstos con sordina, así es que á ratos aquella misteriosa melodía parecía el acompañamiento para entregarse á la rebusca de cosas viejas por los rincones de la imaginación.

Poco á poco la melodía adquiría mayor fuerza. Si las primeras notas parecíanme apagadas y breves, ahora cambiaba de tiempo y su armonía era de un encanto irresistible. Yo recordaba haber oído aquello, sí, pero ¿dónde? Inútilmente violentaba mis recuerdos; todos me representaban á Fifi, y en vano intentaba separar mis ojos de ella. Vagamente al principio, con más fuerza después, se fué descorriendo el velo que parecía cubrir el pasado, y en el momento en que la orquesta atacaba con valentía el *allegro* brillante, surgió ante mí la figura adorable de Fifi en la alegre reunión donde su novio Carlos se le declarara á los acordes de la danza de Anitra.

Y esto era lo que la orquesta ejecutaba entonces también. La danza de Anitra con sus motivos apasionados, con sus tristes melancolías, con el poderoso encanto de una inspiración avasalladora evocaba en mí todas las dulces sensaciones del pasado. Miré á Fifi, y me pareció que un ligero grito se escapaba de sus labios al tiempo que caía desvanecida en el fondo del palco.

* *

Todavía hoy, cuando á las horas del paseo la multitud pasa revista en las avenidas del Retiro á todo cuanto en la corte se exhibe y brilla, podéis contemplar en cualquiera de los solitarios paseos á una señora joven aún, que apoyada en un bastón, anda trabajosamente.

La veréis pasar inadvertida á los ojos de las gentes, y cuando algún pilluelo, al pasar junto á ella, grita con descaro: «¡Una..., dos..., tres...!» aludiendo á su cojera, Fifi, que ella es, se ruboriza y tiembla como débil rama que sacude el viento, y continúa después su camino arrastrando la patita y clavando el bastón en la arena del paseo con lento y monótono compás...

JOSÉ JUAN CADENAS

LA PAREJA

En las poblaciones grandes no puede vivir la gente sin algún hazmerreir.

De cuando en cuando aparece un «tipo» en la vía pública, que no se sabe de dónde viene, aunque se supone adónde va.

Al hospital, después de algún tiempo, y al cementerio.

¿Cómo llegan á la popularidad?
¡Ah, si conocieran la receta literatos y artistas que «patalean en el vacío» para conseguir la popularidad!

Cuando desaparece de la vista del pueblo alguna de sus víctimas, sale otra á escena.

Las gentes baldías y los chiquillos necesitan un infeliz con quien divertir sus ocios.

Una víctima de sus burlas á quien injuriar de palabra, y aun de obra en ocasiones.

¿De dónde salen esas figuras que excitan la atención y la mofa populares?

Para cada cual se inventa una historia en los talleres y en los establecimientos de ultramarinos en buen uso, en las tabernas y en las plazas del mercado.

De uno dicen que es título desheredado por su padre y que se ve en la miseria.

De otro que es extranjero, aunque lo disimula hasta en el habla, y que estaba complicado en una causa célebre; pero que «también ha venido á menos.»

Ello es que todos son personajes de historia, porque las gentes se las inventan, y que, en realidad, nadie la conoce.

En Madrid se presentan, se exhiben durante algunos años y desaparecen esos tipos callejeros populares.

Hacia algún tiempo no aparecía uno siquiera.

¿Se habrán acabado?, pensaba yo.

— Porque usted no los ha visto, me respondió un sujeto á quien repetí la pregunta. ¡Vaya, usted no conoce á la pareja!

— ¿A qué pareja?

— A D. Pepito y doña Urraca.

— No tengo ese gusto.

Y efectivamente, los conocí un día, ó mejor dicho, los reconocí.

Porque los había visto sinnúmero de veces en las calles del centro de Madrid.

Ella era una mujer rubia, alta, como de treinta y ocho á cuarenta años.

Él también alto y rubio, de la misma edad próximamente que su compañera «de tránsito.»

Parecían extranjeros, pero hablaban en castellano con algún acento andaluz, por lo menos ella.

Vestían de negro, pero correctamente: suponía yo que dormirían con guantes, por exceso de lujo ó de «etiqueta á domicilio.»

Paseaban..., como pasean las demás personas; se detenían delante de los escaparates, como si escogieran mancomunadamente las alhajas y las ropas que habrían de comprar.

— Un matrimonio que ha heredado.

— Son rusos: no hay más que verles la cara.

— ¿Es de piel de Rusia?

— U olerlos de pasada.

— Él es general de cuartel.

— De cuartel son todos, me parece; no han de ser de confitería; de cuartel y de campo.

— Quiero decir que está separado del servicio accidentalmente.

— ¿Y ella?

— También.

— ¿También es generala y está separada del servicio?

— Si no hay tal cosa: él es poeta.

— ¿Poeta?

— ¿Y ella?

— Tiple.

Pasaron los meses y la pareja continuaba exhibiéndose en las calles de Madrid.

Ya no vestían tan correctamente como cuando yo los conocí.

La ropa negra empezaba á *mulatear*: el sombrero del varón acusaba algunos tropiezos; el sombrero de la señora había sido reemplazado por un velo no muy negro por cierto.

Iban, como siempre, del brazo y pausadamente.

Empezaban á excitar la curiosidad de los transeúntes.

Los perdí de vista: variaron, sin duda, de itinerario.

He vuelto á encontrarme con ellos en una calle de las más céntricas.

No parecen ellos.

Tal vez los hubiera desconocido, si no excita mi atención el coro de chiquillos que los seguía.

— ¡Don Pepito y doña Urraca!

— ¡Mira, mira: D. Pepito y doña Urraca!

Ellos se detienen é increpan á los chicos: ella, particularmente, que conserva cierta altanería de mejores tiempos.

Con lo cual los muchachos redoblan el jolgorio.

Y aun vendedores callejeros y otras personas de clase no muy acomodada toman parte en la lidia de los infelices cónyuges, si lo son.

Porque no hay rigor ni insolencia comparables á los del pobre con otro á quien cree que lo es más.

Una persona bien educada verá con lástima, ó por lo menos con indiferencia, á otra que lleva los botillos rotos.

Pero un individuo descalzo involuntario no puede pasar al lado de otro que vaya mal calzado sin insultarle ó mofarse de la pobreza del desgraciado.

D. Pepito y doña Urraca son los protagonistas ó las víctimas en el drama de crueldad popular callejera.

Vagan sin cesar por algunas calles durante dos ó tres horas del día. Después se recogen, ignoro dónde.

Y aun me pareció ver, días pasados, que murmuraban algo así como si implorasen la caridad de los transeúntes.

Lo cual no impide que los chicos los toreen.

Porque los guardias no se ocupan en impedirlo.

— ¿No ve usted que no nos dejan vivir?, preguntaba ella á una pareja de seguridad.

Y uno de los guardias respondió muy grave:

— ¡Vaya, vaya!, sigan ustedes por su camino y no llamen la atención del público ilustrado y del vecindario pacífico.

EDUARDO DE PALACIO

PENSAMIENTOS

Cuando se vacila entre dos deberes, parece que el más penoso es el que se impone con mayor imperio.

El olvido es el perdón involuntario.

La calumnia es como la moneda falsa: hay muchas personas que no son capaces de fabricarla y que no tienen inconveniente en hacerla circular.

Nuestros dolores aburren á aquellos á quienes no entristecen.

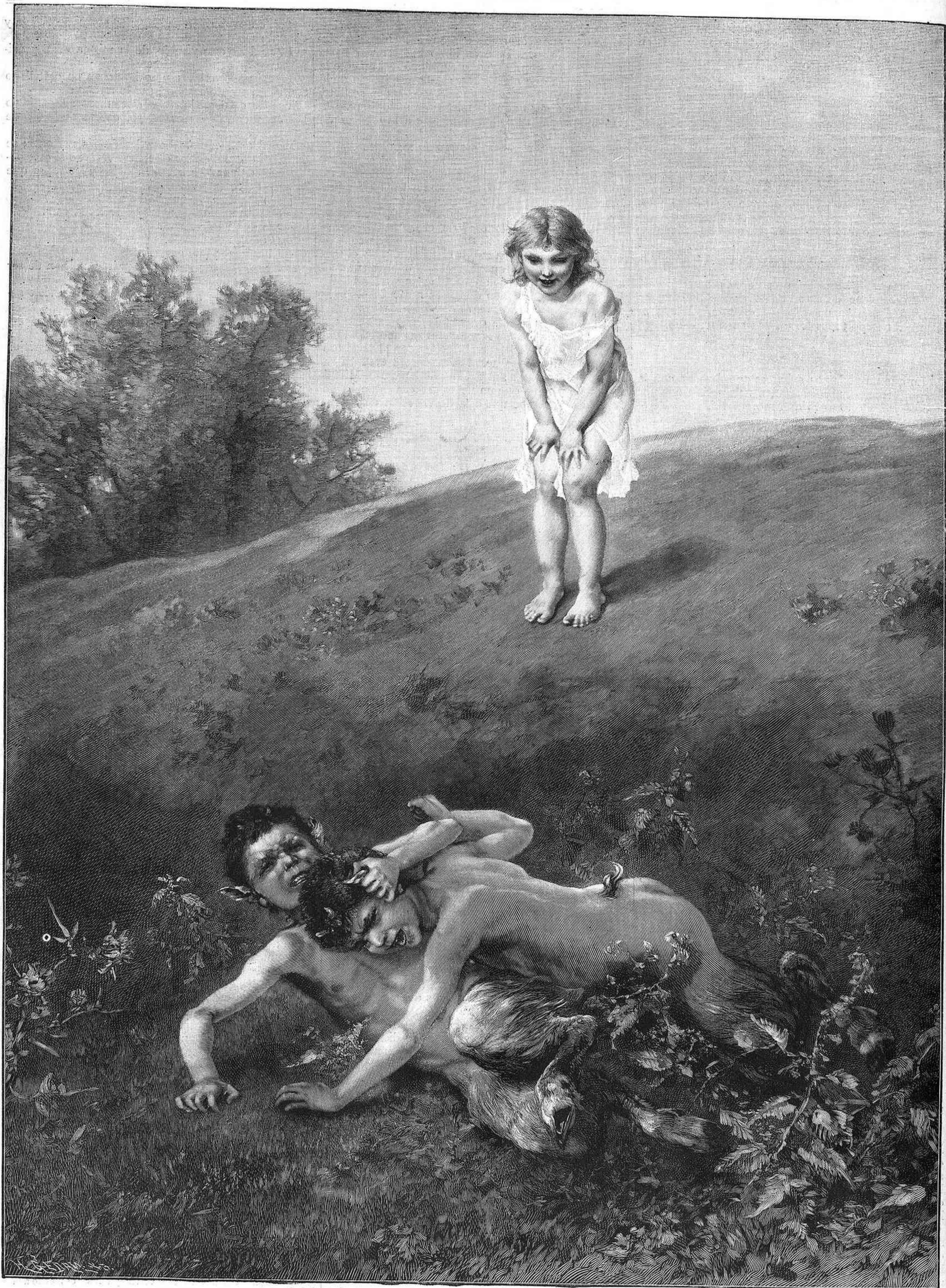
El que arregla una boda sacrifica generalmente una de sus conocidas á uno de sus amigos.

El orgullo es el único remedio para los padecimientos del amor propio.

El desprecio es la única venganza de los grandes corazones; con ello no dejan de contar los culpables.

La modestia es una concesión cortés que hace el mérito á la inferioridad.

CONDESA DIANA



RIÑA DE JÓVENES SÁTİROS, cuadro de L. Knaus



Ratones de sacristía, cuadro de José Benlliure, adquirido por M. Eduardo Schulte, de Berlín



Aquellarre, cuadro de José Benlliure

ESTADO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL

NUESTROS GRABADOS

Retrato pintado por Max Koner.—Con decir que Max Koner es reputado hoy en día como el primer retratista berlinés, queda hecho el mejor elogio del autor de este lienzo, elogio que puede completarse diciendo que, habiendo apenas hecho estudios académicos, todo cuanto es y vale se lo debe á



RETRATO PINTADO POR MAX KONER

sí propio. Sólo á los retratos se dedica, y en sus retratos no trata de resolver ningún problema de luz ó de color, ni subordina nunca á la exactitud del parecido físico la fisonomía moral del retratado, que para él es lo primero. Koner comenzó á trabajar en 1884 y en poco tiempo logró la celebridad de que hoy disfruta: entre sus principales obras citaremos los retratos del actual emperador y de los artistas Menzel, Pietsch, Kameke, Werner, Bracht y Brausewetter, pudiendo afirmarse que es el pintor predilecto de todas las notabilidades masculinas y femeninas de la capital de Alemania.

El suplicio de Tántalo, cuadro de Peske Geza.—Las composiciones del pintor húngaro Peske Geza se distinguen por su sentimiento delicado y por su sencillez: no vemos en ellas reproducidos hechos trascendentales ni planteados esos difíciles problemas que á otros artistas preocupan; tampoco hallamos aplicados los procedimientos modernistas en punto á factura. Peske Geza se propone llegar al alma con una nota sentida y cautivar los ojos con una ejecución clara, exenta de vacilaciones y de atrevimientos no siempre justificados, y fuerza es confesar que consigue su propósito, pues todos sus cuadros, como el que hoy reproducimos y otros varios que en anteriores números hemos publicado, pertenecen á ese género que nunca pasará de moda, á ese género que, sin producir grandes asombros, pero también sin extravagantes efectos, deleita á cuantos lo contemplan y les hace sentir lo que el autor quiso que sintieran.



EL RELATO DE LA FUGA, cuadro de John A. Lomax

El relato de la fuga.—La reconciliación, cuadros de John A. Lomax.—¿Hemos de explicar el argumento de estos dos lienzos que reproducen dos fases de un mismo asunto? Nos parece innecesario, porque ¿quién al verlos no adivina uno de esos dramas de familia que, comenzando por unos amores contrariados, terminan con la reconciliación y la consiguiente boda? El celebrado pintor inglés John A. Lomax ha interpretado con admirable acierto dos de las más in-

teresantes y sentidas escenas de este drama, agrupando con gran habilidad las figuras y expresando con verdad digna de los mayores elogios el contraste de los sentimientos que animan á cada uno de los personajes en cada una de estas dos distintas situaciones.

Riña de jóvenes sátiros, cuadro de L. Knaus.—Este cuadro es uno de los más simpáticos que han salido de «nuestro gran pintor de género,» como califica un crítico alemán á L. Knaus. Entre dos jóvenes faunos se ha trabado enconada lucha, mientras una encantadora niña, causa de aquella contienda, contempla sonriente la escena y sigue con marcada curiosidad las peripecias del singular combate. El artista, con su delicado humorismo, ha pintado un delicioso idilio lleno de poesía, y la manera como ha representado la explosión de celos de aquellos dos seres fantásticos debe ser alabada sin reservas.

Ratones de sacristía.—El aquelarre, cuadros de José Benlliure.—Pertencen estos dos cuadros, como pueden ver nuestros lectores, á dos géneros completamente distintos: nota tomada de la vida real el uno, concepción puramente fantástica el otro, si aquél encanta por el humorismo y la naturalidad que respira, éste atrae por el vigor con que está trazada aquella escena concebida por una imaginación potente. Con el carácter de cada asunto guarda armonía el procedimiento técnico: en el uno la ejecución aparece cuidada sin pecar de minuciosa ó frívola, luminosa sin degenerar en chillona; en el otro prevalecen los tonos oscuros con algunos toques de luz enérgicos que forman contraste con la sombra del conjunto y la nota abocetada que tan admirablemente encaja en la escena que en aquel antro de brujas se desarrolla. Nuestro ilustre compatriota y querido colaborador ha confirmado una vez más con estas nuevas obras sus excepcionales dotes de artista que con justicia le han conquistado uno de los primeros puestos entre los pintores contemporáneos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—Salón París.—Acaba de celebrarse la tercera exposición femenina de Bellas Artes, y aunque nos hallamos dispuestos siempre á rendir á la mujer el justo tributo á que nos obliga la caballerosidad y la justicia, sentimos no poder esta vez dar público testimonio de nuestra galantería. El conjunto de las producciones que figuran en el Salón París no se asemeja ni tiene casi analogía con las obras que se expusieron en los dos anteriores certámenes. La exposición, pues, no revela un progreso; es la manifestación de un retroceso. Ciertamente es que algunas expositoras, como las Sras. Meheren, Guasch, Juliá, Ubach y Farreras, se sostienen á igual altura, y que los dos lienzos de la primera han de estimarse como producciones discretísimas que no desearían firmar los pintores barceloneses más celebrados; pero las demás ofrecen ancho campo para que el crítico haga uso del acerado escalpelo.

Nosotros, que hemos sido los primeros en ensalzar las manifestaciones artísticas femeninas y que desearíamos que la mujer diera constantes muestras de su inteligencia y aptitudes para el cultivo de las artes y de las letras, que no hemos creído jamás sean patrimonio exclusivo del hombre, lamentamos sinceramente no poder dedicar un aplauso á la exposición á que nos referimos. Nótese en muchas producciones la desigualdad en la factura, la participación en la obra de dos entidades, la que ejecuta y la que dirige, y como no se

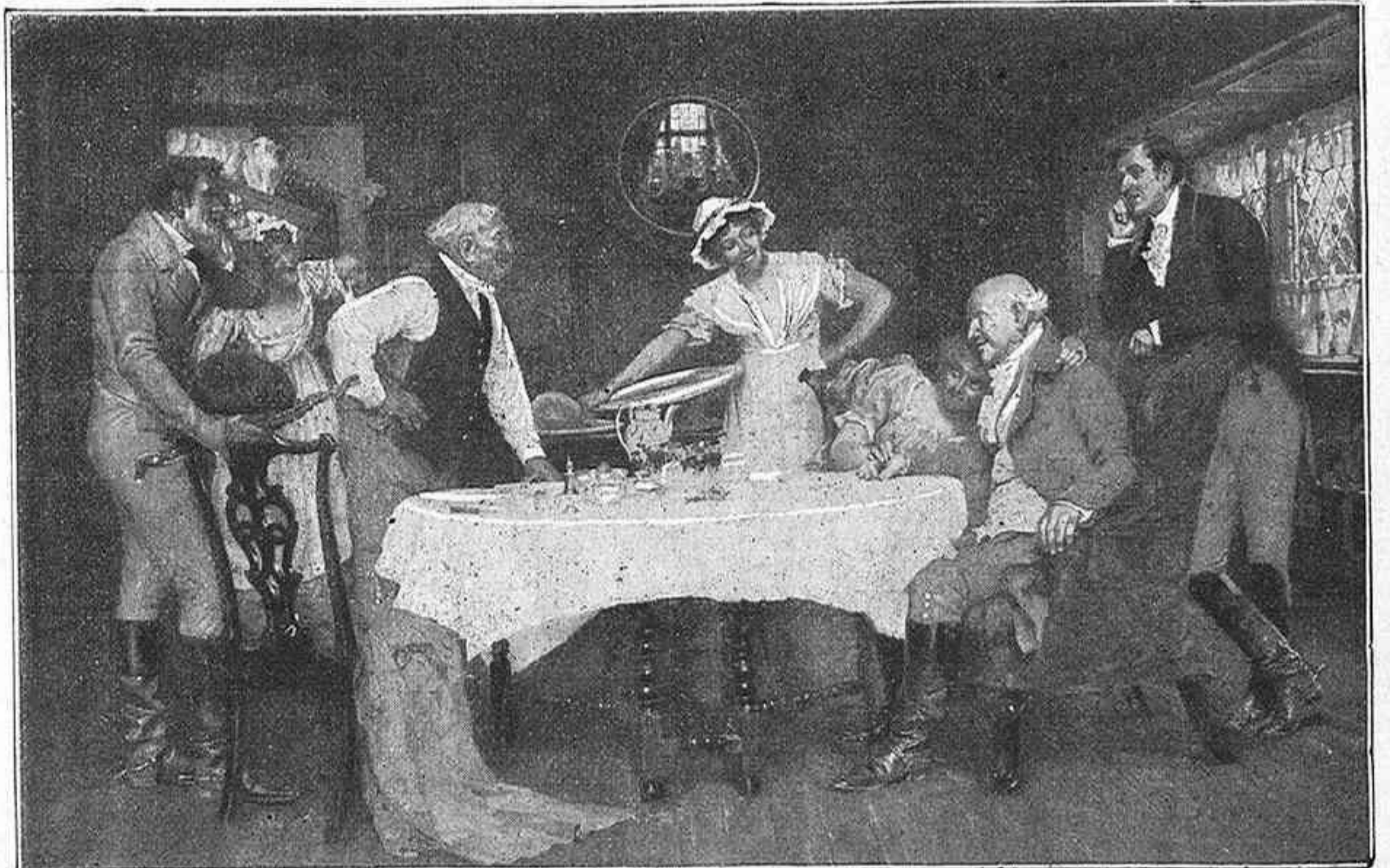
asocian y no se funden, se produce el desequilibrio que perjudica y destruye la producción. Alientos sobran, falta estudio y las facultades para ejecutar. Así lo decimos porque existe lienzo que no se hubieran atrevido á ejecutarlo artistas tan meritorios como Román Ribera, y sin embargo, en el salón camilla, dando testimonio de deficiencias é incorrecciones. Si la autora se hubiese limitado á lo que sus facultades le permitían, hubiera ejecutado una obra discreta y digna de encomio. ¡!

No es nuestro propósito fustigar. Y tal es así, que deseamos que en la próxima exposición se presenten obras que nos permitan ser más justos que galantes.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en Dejaset *La turlutaine de Marjolín*, gracioso vaudeville en tres actos de Soulié y Darantiere; en el teatro de la República *Kosaks*, drama en cinco actos de A. Silvestre y E. Moraud; en el teatro Antoine *Resultat des Courses*, comedia en cinco actos de M. Brioux; en el Nuevo Teatro *La Briguedondaine*, graciosa comedia en cuatro actos de E. Pagat; en el Palais Royal *Chéri*, chistoso vaudeville en tres actos de P. Gavault y V. de Cottens; en el Vaudeville *Georgette Lemaunier*, comedia en cuatro actos de M. Donnay; en la Comedia Francesa *Le Berceau*, comedia en tres actos de M. Brioux; en el Gymnase *Mademoiselle Morasset*, comedia en cuatro actos de Luis Legendre; y en el Chatelet *La pondre de Perlinpinpin*, antigua comedia de magia en treinta y cinco cuadros de los hermanos Cogniard, puesta en escena con un lujo extraordinario.

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en el Real *Gonzalo de Córdoba*, inspirada ópera en cuatro actos del maestro Serrano; en el Español *El filósofo de Cuenca*, graciosa comedia en tres actos de D. Pablo Parellada; en la Comedia *La muralla*, interesante drama en tres actos, primera producción dramática del notable escultor andaluz D. Francisco Oliver, y *La cruz del túnel*, melodrama en tres actos de D. Eusebio Blasco; y en la Zarzuela *Gigantes y cabezudos*, bonita zarzuela en un acto, letra de D. Miguel Echegaray con bellísima música del maestro Caballero.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El maestro de armas*, melodrama de gran espectáculo en nueve cuadros original de Mary y Grisier y arreglado del francés por D. Juan B. Enseñat, y *El filósofo de Cuenca*, graciosa comedia en tres actos y en prosa de D. Pablo Parellada; en Romea *El restaurant d' en Badó*, chistoso sainete en un acto de

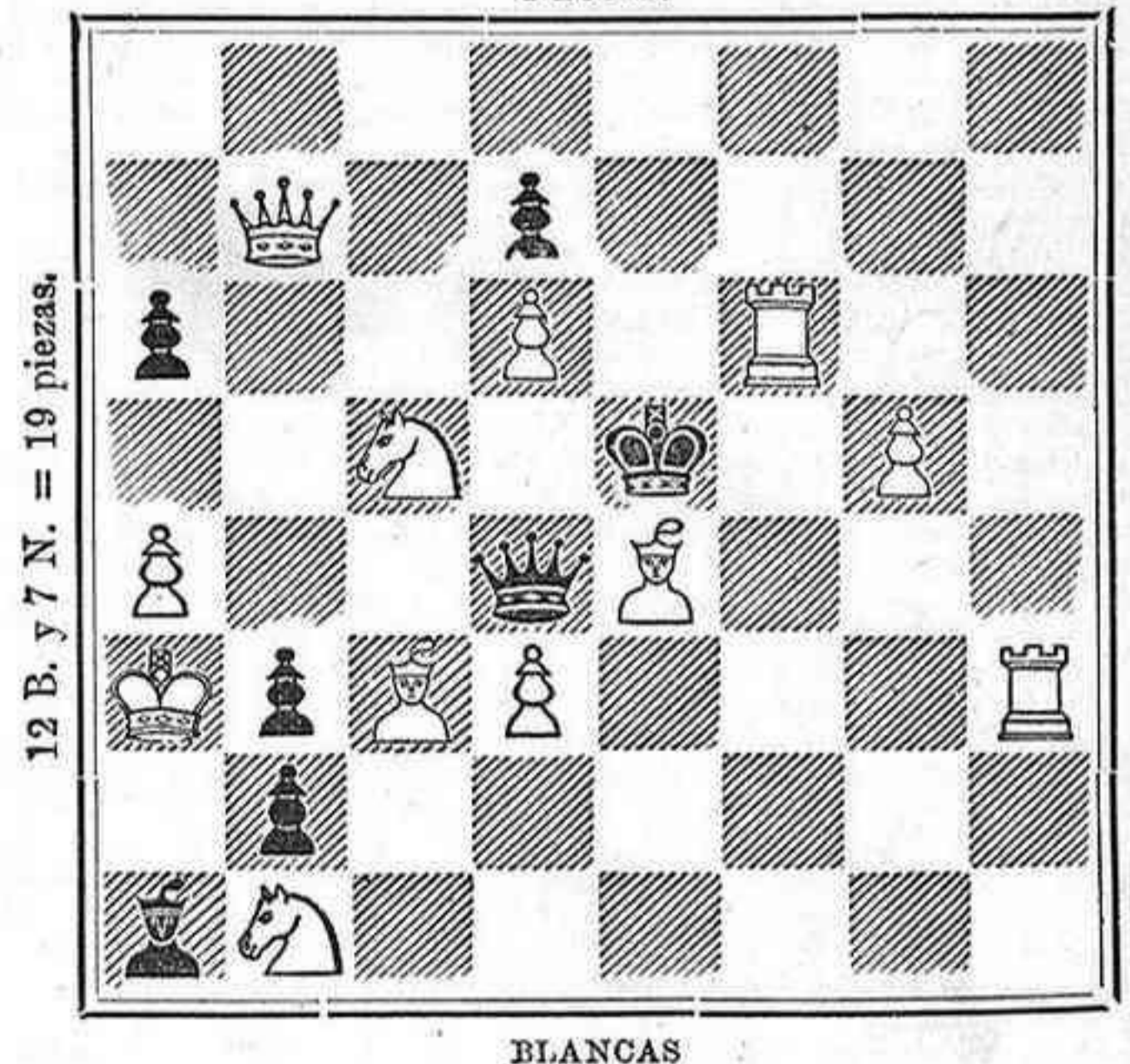


LA RECONCILIACIÓN, cuadro de John A. Lomax

D. Jacinto Capella, y *Aritmética*, drama en tres actos y en verso que su autor, el conocido poeta Sr. Fola y Iguibide, denomina estudio social; y en el Eldorado *La chavala*, zarzuela en un acto de López Silva y Fernández Shaw con bonita música del maestro Chapí, y *Portfolio de Eldorado*, graciosa revista en un acto.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 146, POR J. TOLOSA Y CARRERAS
NEGRAS

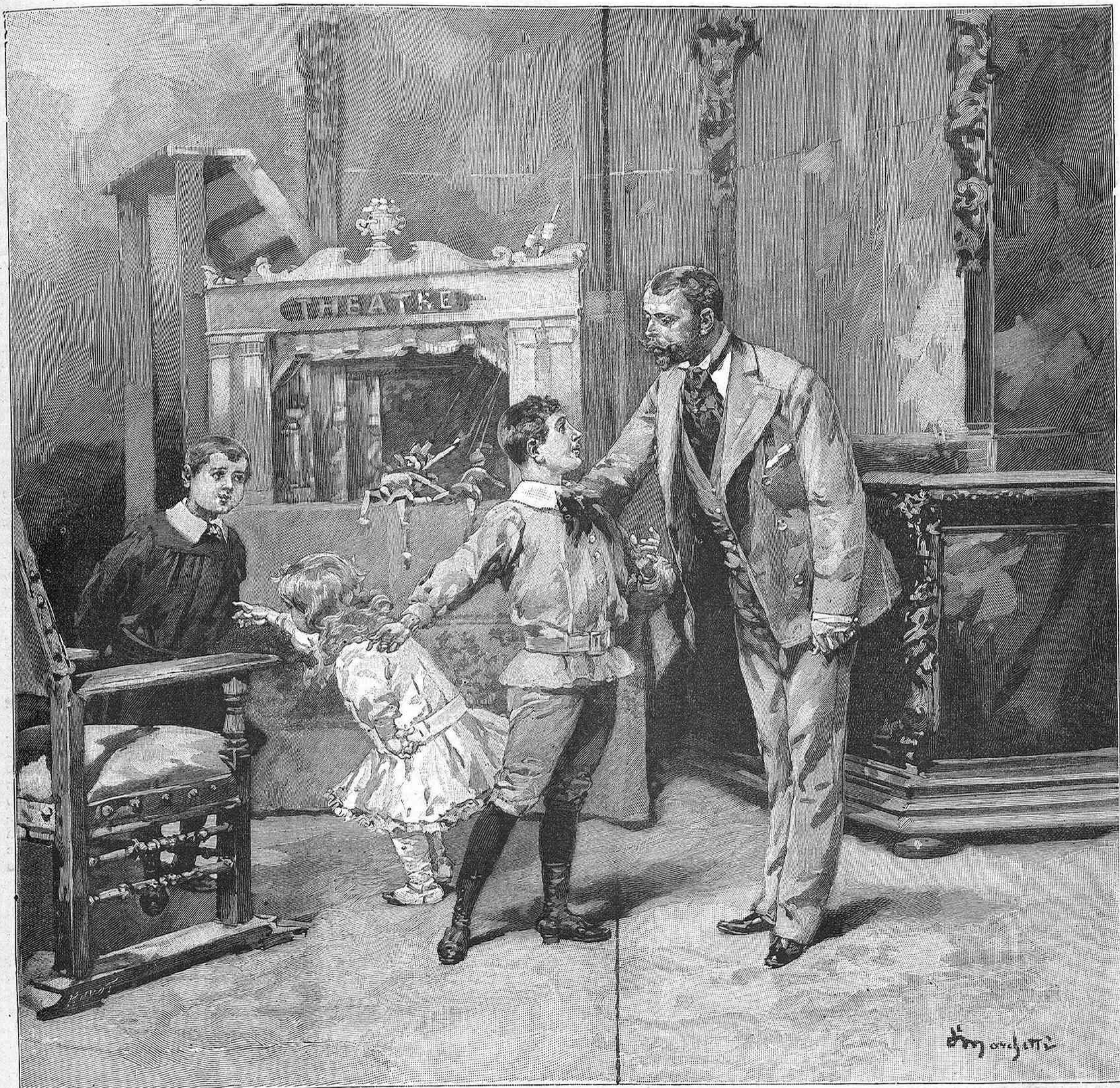


BLANCAS
Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 145. POR V. MARÍN

- | | |
|------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A6AD | 1. A5TR (*) |
| 2. D7TD | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate. | |

(*) Si 1. R2AR; 2. D7R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. D7R jaque, y 3. D7CR mate.



-¿Sabéis, muchachos, que habéis encontrado vuestra carrera?

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

¡Mientras que el inferior, el muchacho humillado, que más tarde sería hombre humillado también, era él! Desde muy niño, Esteban Dorsat sabía que estaba destinado á tener notoriedad, á ser alguien. Su vocación no se había manifestado aún, pero se sentía capaz de triunfar en cualquier ramo. La atención que le prestaban sus maestros, la admiración de sus camaradas, sobre todo su envidia, le hacían formar una idea muy elevada de sus propios méritos. El exaltado afecto del mejor alumno de la clase, que de muy buena fe se consideraba inferior á él, le confirmaba más en aquella apreciación de sus méritos. La injusta distribución de las cosas buenas de este mundo le sublevaba exasperándole.

Al salir del castillo, la vuelta al modesto hogar de sus abuelos le hacía sufrir. Allí, su dominio era un

sotabanco, donde para ir á acostarse en su miserable lecho, en un rincón, tenía que encorvarse, y donde su comida se componía sobre todo de patatas y tocino con coles. Y de aquel contraste nacía en él, poco á poco, una necesidad de goces materiales, un ardiente deseo de lujo, de cosas bellas y delicadas, tanto más peligroso cuanto más oculto. Ni siquiera á Pedro, su confidente, su amigo, quizá el único ser en el mundo á quien había querido de veras y de quien se sentía adorado, jamás había dicho nada de aquella especie de sublevación sorda contra los ricos, contra los afortunados de la tierra.

Por lo demás, al contacto de aquella naturaleza sana y exuberante, aquella sublevación oculta se apagó, desapareciendo casi. Pedro había nacido feliz. Si había venido al mundo en una rebotica, después

de todo, nada le importaba. En alguna parte hay que nacer. Desde su primera infancia se había sentido amado; todo lo que se hacía, todo lo que se decía, de cualquier modo que fuese, giraba en torno de él. Y esto no le había hecho ser egoísta; todo lo contrario, en él la gratitud era espontánea y le impulsaba á hacer siempre y en todas partes lo mejor que podía. Sabía apreciar los triunfos que alcanzaba; pero lo que le hacía feliz sobre todo era la satisfacción de su tía Rosa. Ésta le decía, después de cada distribución de premios:

- Pero niño, ¿qué vamos á hacer con todos estos libros tan hermosos? Podríamos montar un gabinete de lectura en vez de una tocinería, ¿qué te parece? ¡Ah! ¡Estoy muy satisfecha de ti, Pedro mío, y no sabes aún cuánto te quiero!

Ello no variaba mucho, y sin embargo, así al uno como á la otra la broma les parecía deliciosa, acompañada como iba de sonoros besos y hasta de alguna lágrima secada con presteza.

Los abuelos Ledru pusieron otro catrecito en el satabanco, otro plato de loza común con flores rojas y azules en la mesa de la cocina, y nada más. Los viejos miraron con turbios ojos al recién llegado y le dijeron simplemente:

— ¿Es éste tu amigo, Esteban? Tiene buenos mofletes; no es como tú, ¿eh? ¡Pues bien, muchachos, divertíos, pero no hagáis mucho ruido dentro de la casa.

Los muchachos se lo tuvieron por dicho, y los días parecían demasiado cortos para todo lo que se proponían hacer. Desde luego, Esteban hizo los honores del parque, que era inmenso. Los señores estaban ausentes; de modo que los chicos se consideraban allí como en su casa. Pedro, maravillado, seguía á su amigo. No conocía del campo más que lo que había podido ver en los alrededores de París en sus raras correrías con la tía Rosa. Aquí era muy diferente.

La vista del castillo fué una desilusión. Después de todo, no era más que una casa con una inmensa fachada blanca, una doble escalinata de estilo bastante hermoso y una ancha torre á la derecha, único vestigio del antiguo castillo de antes de la Revolución; todo lo demás era moderno y carecía absolutamente de grandeza. ¡Pero el jardín, con sus alfombras de hierba, como terciopelo verde, sus grupos de flores, sus estanques y sus juegos de aguas!.. ¡Y sobre todo, el parque solitario, con sus grandes calles de árboles umbrosos y gigantescos, sus caminos circulares y misteriosos donde uno se perdía deliciosamente, sus sotos impenetrables, sus claros en que se veía á veces una cierva con su cervatillo!.. ¡Qué gusto daba correr en medio de aquella soledad impregnada de perfumes, y volver cargados de ramas de serbal con que los amigos adornaban su satabanco, impulsados por esa necesidad de ocultar la fealdad y la desnudez, de regocijar la vista, que es uno de los primeros resultados de toda educación un poco refinada! ¡Pero cuidado con dejar en la sala común lo que la vieja Ledru llamaba «malas hierbas,» término general que abarcaba á todas las flores! De un escobazo, la abuela las hubiese barrido.

La buena y sana vida al aire libre les probaba mucho á los dos. Eran plenamente dichosos, y su intimidad revestía un carácter particularmente tierno y fraternal. La especie de reserva que Esteban abandonaba antes raras veces, desaparecía ahora á ojos vistas. Nunca había encontrado la vida tan buena, y él mismo no se había sentido jamás tan próximo á la bondad, pensando al fin en alguien que no fuese él, capaz de ser generoso en aquel momento, capaz de bellos arranques de entusiasmo y hasta de heroísmo.

Sin embargo, había una cosa que turbaba la perfecta alegría de Pedro. Había recibido una sola carta de su tía, en contestación á la que le anunciaba su llegada á Verneuil. Después nada. Era raro en la tía Rosa. A pesar suyo, le tenía preocupado aquel silencio, pues temía que estuviese enferma. Bien sabía él que habían hablado de un sitio de París, pero la palabra había sido y seguía siendo para él un poco vaga. Siempre esperaba noticias.

El castillo estaba bastante lejos de la población; no llegaba á él ningún periódico, pues la pareja Ledru apenas sabía leer y tenía por principio que lo que traían los papeles rezaba con los ricos. Los labriegos paraban poco en la portería, que caía fuera del camino de un pueblo á otro. La llegada del cartero rural que trajo la única carta de la tía fué un acontecimiento considerable. Las noticias de fuera llegaban, pues, muy raramente y con mucha lentitud hasta el castillo.

Con todo, un día los dos muchachos fueron al vecino pueblo, y vieron en la plaza al maestro de escuela, que leía en alta voz un periódico que tenía en la mano, rodeado de varios campesinos que escuchaban con la boca abierta. Esteban y Pedro se acercaron al grupo, pero la lectura concluía. Todos los allí reunidos parecían consternados, y el sentimiento general se tradujo en esta frase de un grueso colono:

— ¡Bueno!.. ¡Con tal de que no lleguen hasta aquí!..

El maestro, pensativo, dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo. Esteban, revistiéndose de valor, le dijo:

— Dispense usted, señor maestro, ¿hay malas noticias de la guerra?

— Muy malas. Toma, aquí tienes el periódico. Ya lo he leído.

Pedro, muy inquieto, dijo á su vez:

— ¿Y París?

— París está sitiado, amiguito. Para nosotros es una ciudad muerta; en mucho tiempo no podremos tener de ella la menor noticia. ¡Cuánto van á sufrir sus habitantes!

— ¿No habrá cartas?

— Naturalmente.

Pedro sintió algo duro en la garganta; mucho trabajo le costó ahogar un sollozo.

— ¡Tía Rosa!, murmuró; ¡mi pobre tía Rosa!

Le parecía verse súbitamente perdido, tan lejos de su tía, que tuvo miedo.

El maestro de escuela miró con más atención á los muchachos.

— ¿Eres el joven Dorsat, del castillo?

— Sí, señor.

La reputación del pequeño prodigio había llegado hasta él.

— ¿Probablemente, el abuelo Ledru no recibe periódicos? Pues bien; venid á mí los dos cuando queráis saber noticias. No olvidéis que es la patria la que sufre, y la patria es sagrada.

Y se fué lentamente, sin oír apenas las gracias de los dos muchachos. Era un hombre muy sencillo, que vivía entre campesinos, en quienes el interés personal era con frecuencia superior á los sentimientos generosos. Pero era un buen francés, cuyo corazón sufría al pensar en su patria invadida y hollada.

Pasaron las semanas y los meses. La profunda tranquilidad del parque y de la campiña que lo rodeaba no era turbada por ningún suceso. Caían las hojas amarillas, cubriendo la arena de los paseos; los bellos días calurosos sucedían á los días cortísimos, con frecuencia fríos; luego empezó el invierno, el invierno tan horriblemente duro del año terrible.

Cada vez que los dos amigos iban á buscar noticias y hablaban con el maestro de escuela, que se había hecho amigo de ellos, volvían tristes, sintiendo, Pedro sobre todo, no tener la edad para batirse. Pero, después de todo, no eran más que unos niños, y su pena, real y muy sana, era una pena de su edad, pronto olvidada. Escuchaban los rumores terroríficos del exterior como se escucha desde una habitación bien abrigada rugir la tempestad que azota á los árboles y hasta los arranca de cuajo, pero que nada puede contra la casa sólida y bien cerrada.

A pesar de sus cortos años y de estar acostumbrados á vivir en la ciudad, no sentían mucho el frío, porque nunca paraban. Habían fabricado un trineo que lanzaban sobre la nieve helada desde lo alto de una cuesta; luego corrían sin cesar por el bosque. En una clara apartada, por donde jamás solía pasar el guarda, hacían con leña seca fogatas en que asaban patatas y castañas.

Aquellas vacaciones interminables les parecieron simplemente deliciosas: vivían como dos pequeños salvajes inteligentes, tratando de explicarse todos los fenómenos de la naturaleza, estudiando las costumbres de los animales que poblaban el parque, espionando sus trazas, siguiéndoles con una paciencia de pieles rojas, y sobre todo, hablando, hablando siempre, teniendo eternamente algo que decirse.

Gracias á esta intimidad de todos los instantes, el compañerismo, el afecto infantil, se convertían en amistad profunda. En sus eternas conversaciones á propósito del porvenir, jamás se imaginaban que sus destinos hubiesen de separarse. Lo que hiciera el uno, lo haría el otro también. Habían empezado juntos su trabajo un poco serio, y siempre seguirían así, hasta el fin. Ni uno ni otro se casarían; era punto convenido, pues tenían que bastarse siempre. Con la ignorancia semi-inocente de su edad, hablaban de «la mujer,» cuando de ella hablaban, con una altivez despreciativa que hubiera hecho reír al que los hubiera oído. Ambos hacían una excepción, una sola, en favor de la buena tía Rosa.

Un día, Pedro, aún más exaltado que de costumbre, propuso escribir y firmar con su sangre una declaración solemne de su inalterable amistad. Aquella extravagante proposición pareció á Esteban una cosa natural y muy poética. Pedro, heroico, se hizo una incisión en el brazo que dió más sangre de la necesaria para escribir estas palabras:

«Juro querer á Esteban Dorsat toda mi vida.

Firmado: Pedro Froment.»

Cuando le tocó á Esteban, vaciló un momento.

— Queda bastante, no necesito hacerme corte alguno en el brazo.

Pedro abrió extraordinariamente los ojos:

— ¡Pero ya no sería lo mismo!

Esteban se cortó á su vez, pero con mucha más reserva que su camarada.

Entonces los amigos cambiaron las declaraciones escritas con su letra grande de colegiales, muy esmerada en aquella ocasión. La vieja Ledru hizo para cada uno una fundita de lienzo, porque creía que se trataba de escapularios destinados á protegerles contra la adversidad. Con una seriedad soberbia, cada uno llevó sobre el pecho la declaración del otro, comparándose, engrandecidos, á los héroes de la antigüedad. A veces se llamaban Pilades y Orestes.

El nombre de este último lo había tomado Esteban.

Cuando estaban cansados de jugar, iban á la biblioteca del castillo. Adoraban la lectura y todo era bueno para ellos; devoraban indiferentemente historia, obras científicas, novelas. Pero cuando hubieron abierto un Corneille, no pensaron ya en otra cosa. Repartiéndose los papeles, declamaban con grandes gestos, y en la casa vacía resonaban sus acentos apasionados. Después de Corneille pasaron á Racine. Entonces fué el delirio. Ciertamente es que en clase habían conocido á los clásicos; profesores inteligentes les habían enseñado los pasajes más bellos; pero descubrir ellos mismos obras enteras de las cuales casi no conocían más que los títulos, leerlas, recitarlas, ó más bien representarlas, ¡oh, qué cosa tan distinta! La vida entraba en las concepciones del poeta, como la luz inundaba súbitamente la sombría biblioteca cuando abrían las ventanas de par en par. En su candidez de niños, se figuraban que nadie, antes que ellos, había comprendido á los grandes trágicos. Dotados ambos de una memoria excepcional, supieron pronto escenas y actos enteros. Declamaban en los bosques, declamaban en la portería, tanto que los abuelos les miraban asombrados.

— ¡Eh! Esteban, Perico..., ¿os habéis vuelto locos?

Así entraban de lleno en un mundo ideal, heroico, donde todo era más grande, más alto, más bello que en el mundo real. Desde aquel momento, todo lo que no revestía la forma dramática les parecía inferior. Hicieron en la biblioteca del conde minuciosas rebuscas, y devoraron todos los volúmenes de comedias y tragedias. Olvidaban el frío penetrante de aquella gran sala sin más fuego que el de su entusiasmo, y eran felices como pequeños dioses.

Un día subieron á escudriñar en un desván, refugio favorito de Esteban cuando éste era pequeño, porque, entre muebles fuera de uso, viejas maletas y restos informes, se encontraban los juguetes abandonados de los hijos de los condes de Verneuil. A menudo había descubierto algunos casi nuevos que le habían colmado de alegría; juguetes de niños muertos, que se habían apresurado á apartar de la vista de la madre. Desde que era grandecito, Esteban no pensaba ya en juguetes. Pero por curiosidad condujo á su amigo al desván.

Detrás de un gran cofre que había perdido su tapa, Pedro, escudriñador por naturaleza, descubrió con gritos de júbilo un gran teatro infantil, cubierto de polvo y de telarañas, pero al parecer en muy buen estado. Limpiáronlo en un santiamén, y con cuatro martillazos y un poco de cordel para sujetar un bastidor que se caía, tuvieron un magnífico teatro con decoraciones variadas de quita y pon, un telón de boca pintado que subía y bajaba sin rechinar mucho y — ¡oh gozo! — un surtido completo de títeres, encerrados en una caja. Un verdadero juguete de principio, que sin duda había dormido allí durante muchos años, desde que el hijo mayor del conde había sido enterrado allá, en el cementerio de la aldea.

Pronto fueron muy hábiles en el manejo de los fantoches; un sistema bastante complicado de cordelitos les permitía hacerles accionar. El caballero hincaba en el suelo una rodilla; la castellana cruzaba castamente sus brazos rígidos sobre su pecho de madera; el cura bendecía con una majestad sacerdotal. Pronto fué aquello una pasión absorbente. Pedro y Esteban abandonaban todo lo demás por aquel nuevo juguete. Los títeres representaron el *Cid* de cabo á rabo, sin que la memoria flaquease un momento á los muchachos. Apenas acudían de vez en cuando al texto, y ahuecaban ó dulcificaban la voz según que el muñeco D. Diego ó la muñeca Jimena accionaba.

Luego su ambición creció. Determinaron ser poetas á su vez. Compusieron juntos una tragedia en cinco actos y en verso, cuya acción pasaba en el momento de las Cruzadas, llena de heroísmo, de amor exaltado, de sacrificios que partían el corazón. A Corneille le habían salido dos rivales terribles. ¿A quién pertenecía la primera concepción de aquella obra maestra? Nunca lo supieron á punto fijo. El uno adivinaba el pensamiento del otro y lo completaba; á veces, cada uno trabajaba por su lado, y su trabajo se parecía tanto, que no había más que fundir luego las dos escenas para hacer una, tomando lo que cada uno había encontrado de más vibrante y más sonoro. Pedro tenía quizá más inventiva que su amigo, la acción estaba más sólidamente urdida, mientras que Esteban hacía los versos — nada menos que hermosos alejandrinos — más suaves y más brillantes. Lo cual no impedía que en algunas ocasiones un verso de Pedro sustituyese á un verso de Esteban, y que el desenlace ingenioso de un acto imaginado por Esteban fuese declarado superior al que había encontrado Pedro.

El título de su tragedia les preocupaba mucho. Por último acordaron darle el nombre de su héroe, *Ro-*

drigo de Ronfladurgos, que sonaba noblemente á sus oídos. Se la aprendieron luego de memoria y la hicieron representar por lo más selecto de su compañía de madera.

Merced á estos cuidados, á esta absorción de su espíritu, las malas noticias de guerra, si bien les causaban momentos de tristeza, no hacían mella en su ánimo. Llegó después una carta desolada de la pobre tía Rosa, diciendo, en pequeñas frases cortas y algo incoherentes, los horrores y las tristezas del sitio, y también sus apuros metálicos, porque una vez agotadas las provisiones, había tenido que cerrar la tienda y seguir viviendo. Entonces había pasado todo el tiempo en una ambulancia cuidando enfermos. Ahora estaba apuradísima. Sin duda saldría del paso; pero, por el momento, suplicaba á los Ledru que continuasen teniendo á su Pedro, tanto más cuanto que París, exasperado por el sufrimiento y por la derrota, no le parecía en un estado de espíritu muy sano.

Después de la primera explosión de pena, Pedro vió que las deliciosas vacaciones durarían aún, y que Rodrigo de Ronfladurgos declamaría hasta el fin sus parlamentos interminables haciendo grandes gestos, rígidos, pero nobles. Porque, por su parte, Esteban tampoco tenía noticias de sus nobles protectores, y sin una orden de ellos, no tenía más que permanecer tranquilo en casa de sus abuelos.

En tanto que allá la *Commune* remataba su obra de ruina comenzada por el enemigo, el teatro transportado á la biblioteca del conde resonaba á los más patéticos acentos de un alma de cruzado puesta entre el deber y el amor.

Un hermoso día en que las ventanas abiertas al parque dejaban entrar el alegre sol y los cantos de los mirlos, los colaboradores estrenaban al fin solemnemente su tragedia delante de unas cuantas filas de sillas que figuraban una asamblea brillante de nobles espectadores.

Ambos, á porfía, declamaban los versos sonoros, pero incorrectos, de sus diferentes papeles, tan absortos, tan completamente felices, que el ruido de una batalla les hubiese molestado apenas. La heroína, una infiel enamorada de Rodrigo, hacía á éste declaraciones tan ardientes como extraordinarias, tratando de persuadirle de que cambiar de religión siendo prisionero y adorado de una hermosa princesa, no era más que una bagatela. El héroe, por su parte, en el más largo de sus parlamentos, que al mismo Esteban había costado trabajo aprenderse de memoria hasta el fin, rechazaba las proposiciones de la bella musulmana, con todo y amarla apasionadamente, con argumentos de una nobleza del todo corneliana; cuando el gallardo Rodrigo, en lo más altivo de sus versos, cayó lastimosamente de bruces á consecuencia de la rotura de un cordelito; sus dos brazos de madera, rígidos, quedaron extendidos de una manera ridícula á los pies de su bella.

Una risa infantil, que hacía un gluglú muy suave y muy quedo, una risa de absoluta satisfacción, acogió aquella caída. Los jóvenes autores, sorprendidos, se levantaron de un salto y vieron, tendida boca abajo, con su cabecita desgreñada sostenida por sus manecitas, una espectatriz inesperada. Detrás de su teatro, Pedro y Esteban nada habían visto ni oído. La niña se levantó, ni miedosa ni asombrada, y acercándose á Esteban le dijo:

— *Teban, quiedo* las muñecas.

Por toda contestación, Esteban cogió á la niña en brazos y dijo á Pedro, no sin trepidación:

— Han venido todos sin avisar; esta es la Germanita de Verneuil.

En aquel momento, un hombre de unos cuarenta años apareció en la puerta y se detuvo sorprendido.

— ¿Qué es esto, Germana? ¿Así te escapas de tu niñera? Hace diez minutos que te buscan. ¡Ah! Eres tú, Esteban..., y ese amiguito ¿quién es?

— ¡*Quiedo* las muñecas que hablan!, repitió Germana volviendo á su idea.

Luego, mirando á la escena en que los títeres yacían como muertos, se echó á llorar.

— ¿Qué tienes, hija mía?

— ¡Las muñecas ya no hablan!

Entonces Esteban explicó al conde, no sin desenvoltura, lo que habían hecho él y su amigo Pedro...

— Si hemos hecho mal, señor conde, estoy seguro que usted nos lo perdonará. Usted me dió permiso para trabajar en su biblioteca. He leído en ella mucho, y hemos jugado también un poco. Hemos compuesto una verdadera tragedia en verso.

— ¡Cáspita!, exclamó riendo el conde, no quisiera yo que me condenasen á hacer otro tanto.

— ¡*Quiedo* que las muñecas hablen!, repitió Germana.

— Bueno, vamos á arreglar eso. Esteban nos representará su tragedia en el salón mañana por la noche, después que hayamos descansado un poco tu mamá y yo.



Castillo del conde de Verneuil

Aquel fué el verdadero estreno. Pedro tenía mucho miedo, y su voz adquiría á veces entonaciones falsas. Esteban, al contrario, sintiéndose como en su casa en el salón de su protectora, estuvo admirable. Germana pateaba de gusto al ver á sus muñecas que se movían y hablaban. El sentido de las palabras le importaba poco.

A través de las puerilidades de la acción, había un sentido teatral tan exacto, cambios de escena tan sorprendentes, que sus espectadores benévolo no salían de su asombro.

Al caer por última vez el telón de boca, el conde les dió palmaditas en las espaldas diciéndoles:

— ¿Sabéis, muchachos, que habéis encontrado vuestra carrera? ¡Que me ahorquen si eso no es una verdadera vocación! Os doy cita para dentro de diez años en la Comedia Francesa, y entonces diré á todo el mundo: «¡Los descubrí yo!»

III

Sonó el timbre eléctrico, y los que ocupaban el café de las Fantasías Parisienses se levantaron unos después de otros. Habían echado ya la pieza y se trataba de asistir al estreno de la comedia, obra de autor desconocido. ¿Pero era un solo desconocido ó eran dos? El nombre de Dorsat-Froment gozaba dos personas ó una sola? El reporterismo, que entonces no había adquirido aún el extraordinario desarrollo que ha tomado después, se había ocupado poco de aquel estreno obscuro, y el ensayo general se había verificado en presencia de media docena de espectadores, á lo sumo, porque entonces eran pocos los periódicos que publicaban al día siguiente la revista del estreno.

En asuntos de teatro, gusta la claridad, y aquella pequeña cuestión de personas disponía mal á los críticos. Los unos se iban, continuando una conversación empezada, hablando en alta voz y gesticulando; otros encogíanse de hombros, con ademán algo aburrido de hombres que van á ejercer un oficio, y seguían á la gente, sin el menor entusiasmo. ¡Habían visto á tantos advenedizos que hacen hablar de ellos una noche y luego desaparecen, confundiendo con la legión cada vez más numerosa de autores silbados y bohemios no comprendidos!

En todos aquellos rostros se leía poca benevolencia. Hay en la profesión de crítico momentos agradables, como el estreno de autor conocido, el cual, aunque fracase, interesa siempre, y á veces apasiona. Pero hay también las cargas de servicio, y aquel estreno de las Fantasías Parisienses entraba de lleno en la categoría de las cargas.

Se sabía que el empresario, después del fracaso de

una obra de espectáculo estrenada con gran lujo el mes anterior, había aceptado una obra cualquiera para llenar el hueco. Decíase que estaba de un humor de perro dogo, humor que, según chismes de bastidores, se había comunicado á los principales intérpretes de la nueva comedia. Por tanto, nada hacía augurar un buen éxito. Hasta el título de la obra, *La Figuranta*, sonaba mal y nada prometía.

Un eco vago de las disposiciones nada benévolas de los «críticos influyentes» llegaba hasta una mesa colocada en un café, donde dos parroquianos se habían hecho servir vasos de cerveza, sin que al parecer se acordasen de vaciarlos. Silenciosos, miraban partir espectadores y críticos. Si á alguien se le hubiese ocurrido observarlos, hubiera podido notar un curioso estremecimiento nervioso de los párpados en el más bajo de los dos y un poco de palidez en el otro.

Esteban y Pedro habían tenido la rara fortuna de ver admitida su obra en aquel teatro mundano, ultraparisense. Una actriz que por aquel entonces reinaba como soberana absoluta en las Fantasías, se había encaprichado con la comedia, en que hallaba para sí un papel algo diferente de los que á su medida le cortaban invariablemente con el mismo patrón. De modo que, merced al desastre de la última obra estrenada, los tres actos de nuestros jóvenes é inseparables amigos fueron estudiados, ensayados y puestos en escena como en un torbellino.

Y al llegar á este supremo instante, tan deseado, más que alegría era angustia lo que experimentaban los autores. Se habían negado en absoluto á asistir al estreno. La tía Rosa, la tocinera, ocupaba triunfalmente un hermoso palco. Casi tan emocionada como sus «muchachos», había de enviar un chico de vez en cuando á llevarles noticias.

Transcurrió un cuarto de hora sin novedad. El ensayo general había sido lánguido; ninguna de las situaciones había producido efecto. Hasta su protectora, nerviosa y mal dispuesta, casi les había vuelto la espalda. Y cuando, en esa terrible carrera del teatro, se empieza por un fiasco, se necesita un milagro para encontrar un empresario bastante audaz para poner en escena la segunda obra de un autor silbado.

Se miraban sin atreverse á comunicarse sus temores. Por último Esteban murmuró:

— Si el principio les deja fríos, perdidos estamos, porque nuestra exposición es lo mejor que hay en la obra.

Pedro no contestó. Pensaba en todos los sacrificios impuestos á la mujer resuelta que le sirviera de madre durante los largos años en que él no había ganado casi nada, buscando en vano periódicos que consintiesen en publicar artículos humorísticos, que él, sin embargo, escribía con un cuidado extremo, ó un editor para lanzar un volumen de novelas cortas. También había servido de madre á Esteban, que, una vez bachiller, se encontró sin un céntimo.

Sus protectores habían cumplido la promesa de atender á su educación. A él le tocaba después arreglarse.

Hubieran querido hacerle entrar en la Escuela normal, cosa fácil para quien había obtenido en Retórica el premio de honor en el Concurso general. El conde le dió á comprender que saldría de allí con una posición asegurada y honrosa. Ante la negativa del muchacho, negativa expresada con la crudeza propia de los diez y ocho años y sin el respeto que la gratitud hubiera debido inspirarle, los señores de Verneuil habían dejado casi de interesarse por él.

Lo que decidió á Esteban á contrariar los deseos muy legítimos de los de Verneuil, fué sobre todo el ver que Pedro no sentía vocación alguna para la enseñanza. En él, su pasión por el teatro, nacida durante el año terrible, no había menguado un instante. No quería ni pensaba en otra cosa.

Esteban, menos energético, más bien aficionado, se sentía también escritor; pero tal vez se hubiese inclinado á la novela, si la estrecha unión intelectual que lo ligaba á su compañero no le hubiese arrastrado en pos de sí.

(Continuará)

EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA

EN CRETA

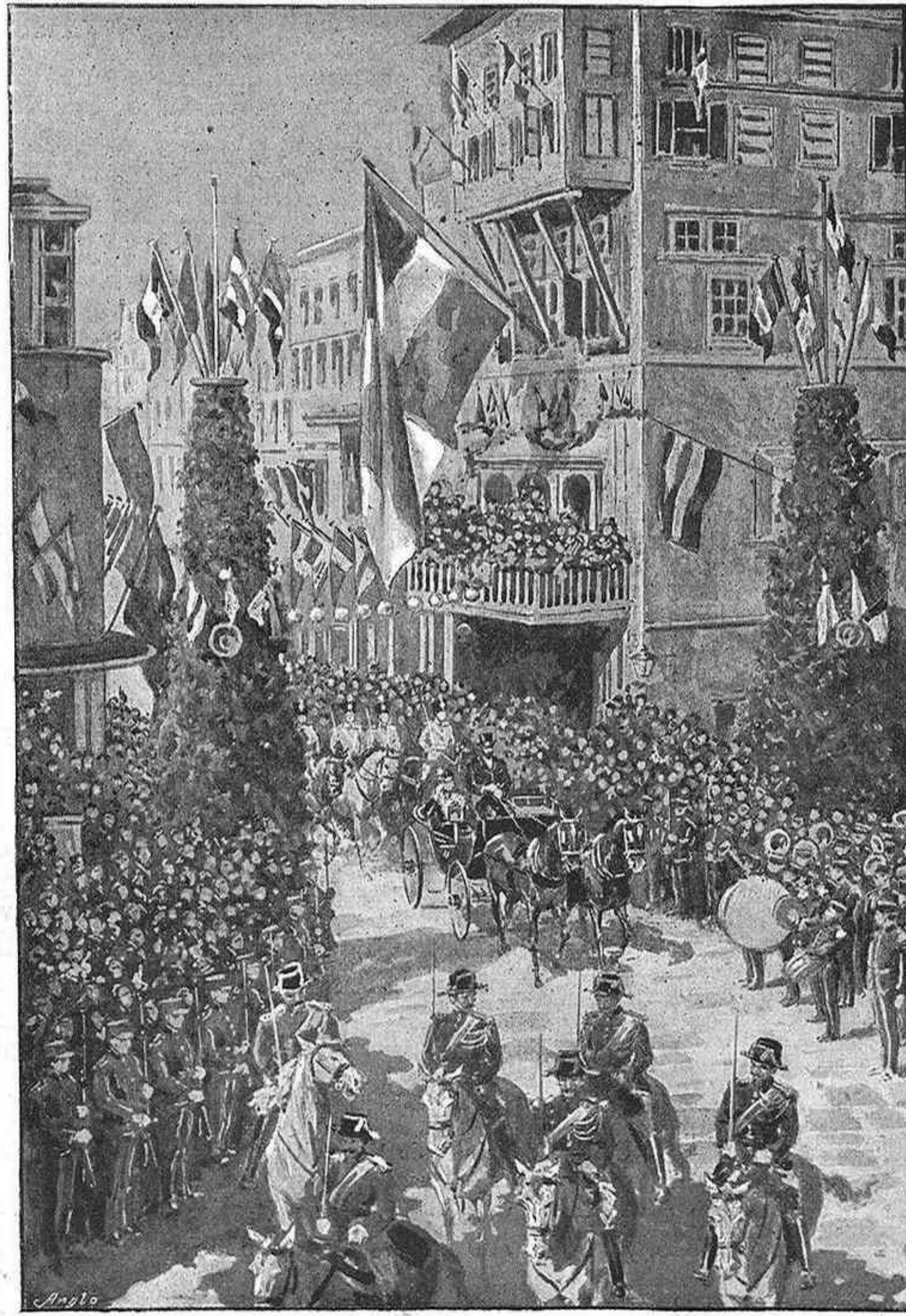
Su Alteza el príncipe Jorge de Grecia, nombrado por las cuatro potencias europeas comisario en Creta, llegó el día 21 de diciembre último á la Canea.

El príncipe desembarcó á las nueve y media de la mañana, y después de haber estrechado la mano á los cuatro almirantes que le esperaban en el desembarcadero, pasó por delante de las tropas, que estaban formadas, y se dirigió en coche á la ciudad. Las compañías que las cuatro potencias desembarcaron en Creta durante los últimos disturbios, hallábanse situadas paralelamente al muelle, dando frente á la rada, y detrás de ellas estaba la gendarmería internacional. Los estados mayores de las cuatro escuadras acompañaban al príncipe, y esa mezcla de brillantes uniformes iluminados por el hermoso sol de Oriente constituía un espectáculo encantador.

El entusiasmo de la muchedumbre, apenas contenida por las fuerzas de policía, fué delirante, resonando sin cesar los gritos de *jzito Giorgio!* (¡viva Jorge!)

La comitiva llegó á la Canea á las once, y después de haber asistido al *Te Deum* que se cantó en la iglesia ortodoxa, dirigióse al Konak, Palacio del Gobierno, en donde se verificaron las presentaciones oficiales. Terminadas éstas, autorizóse la entrada del público, que invadió la terraza del edificio sin dejar un momento de vitorear al príncipe, el cual pronunció un discurso agradeciendo tan entusiastas manifestaciones, marchándose luego á Halepa, en donde está situado el edificio que constituye su habitación particular.

Todas las calles de la Canea, excepción hecha del barrio turco, y todas las de Halepa estaban profusa y elegantemente adornadas con gran número de banderas, apareciendo mezclados el pa-



EL PRÍNCIPE JORGE EN CANEA. - La comitiva recorriendo las calles de Canea

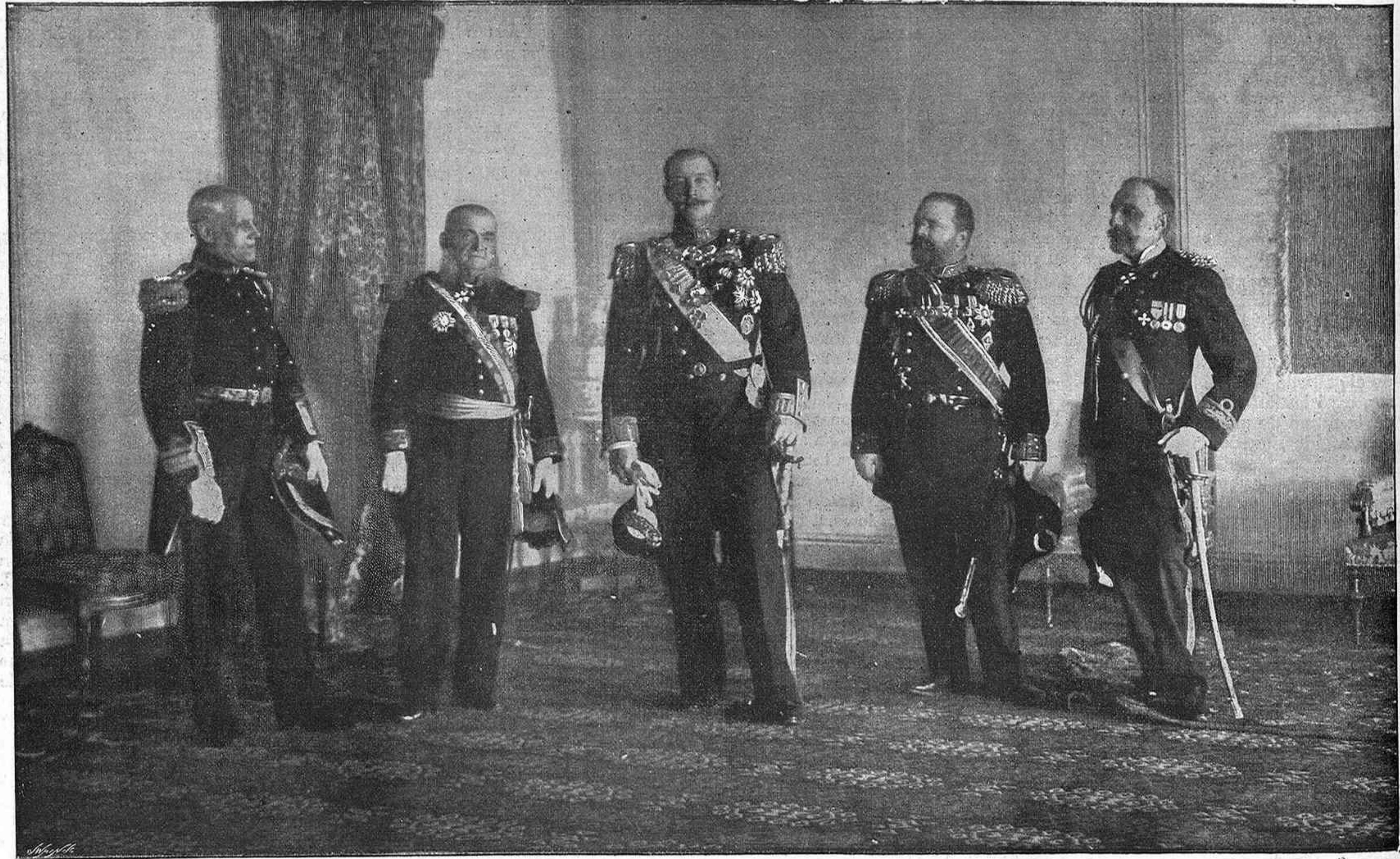
bellón cretense y los de las cuatro potencias á cuya intervención se han debido la terminación de la lucha entablada contra el poder turco y la autonomía de Creta.

Los restos del barrio de la Misión, que fué destruído hace unos dos años por el saqueo y el incendio de los musulmanes, ofrecían un aspecto en extremo pintoresco, puesto que allí se habían reunido los habitantes de los puntos más distantes de la isla, en cuyos rostros se retrataba la alegría por verse libres de la ominosa dominación turca.

La interesante ceremonia de la entrega del gobierno se verificó al llegar el príncipe al Konak y fué en extremo solemne. El decano de los almirantes, el almirante francés Pottier, entregó al príncipe Jorge, en nombre del consejo de almirantes que lo venían ejerciendo desde el día 4 de noviembre, el gobierno de la isla de Creta: en el mismo momento izóse en aquel edificio el pabellón cretense, y los buques de guerra anclados en la rada, uno de cada potencia, dispararon una salva de 21 cañonazos, izando á su vez aquel pabellón en el palo mayor.

A la recepción concurren el cuerpo consular, los comandantes superiores de las tropas, oficiales de las fuerzas de tierra y mar, el comité ejecutivo, las municipalidades de la Canea, de Halepa y de Sude y los beys musulmanes.

Con el nombramiento del príncipe Jorge parece haber quedado resuelta la cuestión de Creta, que en algunos momentos constituyó una amenaza para la paz universal: las grandes potencias convencieron de la necesidad de satisfacer los justos deseos de los cretenses librándoles del yugo otomano, y Turquía, á pesar de los pesares, no ha tenido más remedio que aceptar los hechos consumados y contentarse con una soberanía nominal sobre la isla que al fin ha conquistado la suspirada independencia.-X.



ALMIRANTE NOEL

ALMIRANTE POTTIER

ALMIRANTE SKRYDLOFF

ALMIRANTE BETTOLO

EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA EN CRETA. - EL PRÍNCIPE Y LOS CUATRO ALMIRANTES EN EL KONAK

PALACIO DEL GOBIERNO DE CANEA (de fotografía de R. G. Kruger, de Canea)

UNA EXPOSICION EN BOSTON

Recientemente se ha inaugurado en Boston una interesante exposición, que es la vigésima trienal instituida por el Instituto Mecánico de aquella ciudad. En dicha exposición ocupan un lugar preferente los rayos X y el fluoroscopio atrae la atención de muchos visitantes.

La telegrafía sin alambres aparece demostrada por medio del aparato Clarke. M. Moore ilumina un elegante salón por medio de los tubos de aire enrarecido. Sabido es que este resultado se obtiene mediante las ondulaciones de alta frecuencia en el vacío, pero el valor económico de este sistema no parece demostrado.

De noche, en la exposición de Boston hay verdadero derroche de luz: allí se encuentran instaladas

profusamente multitud de lámparas eléctricas junto a las cuales brillan también algunos mecheros del sistema de incandescencia Auer Von Welsbach y varios aparatos de acetileno. Además del mechero Auer se encuentra allí el mechero Levy: el mechero propiamente dicho de este aparato distribuye el gas por gran número de orificios laterales y el capuchón único está reemplazado por varios capuchones suspendidos en distintos brazos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos. **PARIS, Rue Saint-Honoré, 165.** — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

El único Legítimo **VINO DEFRESNE** con **PEPTONA** es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente. **PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf** Y EN TODAS FARMACIAS.

AVISO A LAS SEÑORAS **EL APIOL** DE LOS DRES **JORET Y HOMOLLE** **CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS** **FA^{BR} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS** Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.** Empleado con el mejor éxito **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ** **HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica.** Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y **detienen las perdidas.** **ERGOTINA BONJEAN** **Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris** **LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.**

ENFERMEDADES del ESTOMAGO **Pepsina Boudault** Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA** **PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856** **Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS** 1867 1872 1873 1876 1878 **SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION** **BAJO LA FORMA DE ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT VINO • de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT** **PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.**

ENFERMEDADES del ESTOMAGO **PASTILLAS y POLVOS PATERSON** con **BISMUTHO y MAGNESIA** **Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.** **Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.** **Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

GARGANTA VOZ y BOCA **PASTILLAS DE DETHAN** **Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.** **Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE** Curadas por el Verdadero **Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.**

VINO AROUD **CARNE-QUINA-HIERRO** **MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.** Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.** **102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.**

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. **Exigir la Firma WLINSI.** **DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.**

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT **Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias** **El JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores **Laënnec, Thénard, Guersant, etc.**; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS.**

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

SEVILLA

UNA BUÑOLERÍA AL AIRE LIBRE
dibujo de Ricardo López Cabrera

Forma parte el Sr. López Cabrera de esa pléyade de artistas que tanto enaltecen con sus producciones á la reina del Guadalquivir, á la que consagran el poderoso esfuerzo de su ingenio y el resultado de sus aptitudes. Al igual de sus compañeros y paisanos, dedica á la ciudad que le vió nacer fervoroso culto, puesto que todas sus obras son trasunto de costumbres y tipos de Sevilla, que tan variados asuntos ofrece al artista.

Su *Buñolería al aire libre* es un bonito estudio, inspirado en los cuadros y escenas sevillanas que se desarrollan de continuo, y en los que el artista halla siempre motivo para producir obras tan recomendables como la que figura en estas páginas.

Aunque joven, no es el Sr. López Cabrera un artista novel. Las recompensas alcanzadas en las Exposiciones Nacionales de 1890 y 1895 y en la recientemente celebrada en esta ciudad atestiguan sus méritos. No en balde, forma parte del núcleo de artistas sevillanos y también de la familia del respetable maestro D. José Jiménez Aranda.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

HISTORIA GENERAL DE FILIPINAS Y CATÁLOGO DE LOS DOCUMENTOS REFERENTES Á ESTAS ISLAS QUE SE CONSERVAN EN EL «ARCHIVO GENERAL DE INDIAS,» por *Vicente Llorens Asensio*. - Con este título, el distinguido oficial del *Archivo general de Indias* Sr. Llorens Asensio ha comenzado á publicar una obra que á su excepcional importancia histórica une el interés de actualidad que tiene todo cuanto se refiere al archipiélago filipino. No disponemos de espacio para ocuparnos de esta publicación con el detenimiento que se merece; pero la simple enunciación de la misma, la circunstancia de estar directamente sacada de documentos de aquel archivo y la competencia especial de su autor son razones bastantes para despertar la atención del público y predecir que el éxito de la obra será extraordinario. Publíquese en cuadernos de 32 páginas que se reparten cada diez días al precio de una peseta cada uno. Las suscripciones pueden hacerse dirigiéndose al autor (Hernando Colón, 23, Sevilla), y en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canalejas, 5, Barcelona.



SEVILLA. - UNA BUÑOLERÍA AL AIRE LIBRE, dibujo de R. López Cabrera

MIS AMORES, por *Trindade Coelho*. - El notable escritor portugués autor de este libro, es con razón considerado como uno de los primeros costumbristas lusitanos, como uno de los que mejor han sabido trasladar á sus narraciones el alma de su tierra, habiendo sido con razón comparado con nuestros ilustres novelistas Pereda y Oller. Sus cuentos son reflejo fiel de la naturaleza y sus personajes sienten y se mueven dentro de la más viva realidad. El editor barcelonés Sr. Gili ha incluido con gran acierto en su importante «Biblioteca Elzevir ilustrada» esta colección de cuentos, que ha sido admirablemente traducida al castellano por el reputado literato D. Rafael Altamira. El libro, con bonitas ilustraciones de Luis García Sampedro, se vende á dos pesetas.

EL BARBERO DE SEVILLA, por *Beaumarchais*. - El inteligente editor barcelonés don Antonio López ha tenido la feliz idea de incluir en su popular «Colección Diamante» una excelente traducción de esta joya de la literatura francesa, por la cual, como vulgarmente se dice, no pasan años, siendo hoy tan interesante, amena á instructiva como cuando se escribió hace más de un siglo. Véndese el tomo, como todos los de la colección, á dos reales.

LA VIDA EN BARCELONA. LA ALIMENTACIÓN, por *Rafael Chichón*. - El título de este libro nos releva de entrar en detalles acerca de su contenido, por lo que nos limitaremos á decir que el estudio que en él hace el conocido publicista Sr. Chichón de lo que se come y de lo que se bebe en Barcelona es tan interesante como concienzudo, y merece que en él fijen su atención las clases consumidoras y sobre todo los que en el Ayuntamiento tienen obligación de velar por que en nuestra capital la alimentación sea lo que debe ser y no lo que es, con grave detrimento de la salud pública. El libro se vende á dos pesetas.

CANSÓ DEL GOMÓS, *couplets barcelonins ab acompanyament de piano, originals d' en Miquel Julid y Favell*. - Curiosa y bien escrita pieza de música con humorísticos couplets é ingeniosos comentarios, que seguramente adquirirá popularidad. Véndese á dos pesetas el ejemplar en el depósito, calle Groch de Gignás, 3, 1.º, y lleva una bonita cubierta que representa un gomoso.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBÈRES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL A LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUIZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRIDUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
 ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO
 TRATAMIENTO Complementario del ASMA
 Soberano en
 Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio : PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAUQUEGAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Aivia y Cu a CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN